

2 - 2522

TOMO I

Bogotá (Colombia), Agosto 15: 1890

ENTREGA 4.^a

REVISTA LITERARIA

PUBLICACION MENSUAL

Biografía, Historia, Viajes, Geografía, Estadística, Crítica,
Cuadros de costumbres, Poesías, Variedades, etc.

DIRECTOR: ISIDORO LAVERDE AMAYA

Administrador: IGNACIO POSSE AMAYA

CONTENIDO:

I.—El Niño Fantasma, cuento traducido del <i>London Figaro</i> para la REVISTA LITERARIA, por Carlos Martínez Silva	193
II—La Posada y el Hotel [cuadro de costumbres], por Medardo Rivas	202
III—Chiquinquirá, por Julián Páez M.	216
IV—Conferencia internacional americana. Discurso del señor Doctor Carlos Martínez Silva	227
V—Hasta su altura [narración], por Alejandro Pizarro	230
VI—A la liquidación del Oxígeno (poesía), por Rafael M. Merchán	240
VII—Los Chicos del barrio [poesía], por Constantino Gil	241
VIII—Paginas blancas, por Luciano Rivera y Garrido	241
IX—El Bosquecillo del Rey [novela], por Hephel ..	245
X—Crónica.	

CONDICIONES:

La suscripción anual vale.....\$ 4 ..
 Un semestre.... 2 20
 Un número suelto..... 0 40
 Se reciben suscripciones en la Agencia general de *La Nación* y se venden números sueltos en la Librería de Torres Caicedo, en la de Camacho Roldán & Tamayo y en la de Currióls & Seyde.

IMP. DE "LA LUZ," CALLE 13, NUMERO 100

APARTADO 160—TELEFONO 920

INDICE DE LAS "NOTAS DE VIAJE" POR SALVADOR CAMACHO ROLDAN

CAPITULO I

CAMINO DE BOGOTA A HONDA

Descripción general de la vía.—Diversas ideas acerca de la comunicación entre Bogotá y el río Magdalena.—Vía de Guarumo á Guaduas, del señor Juan Bernardo Elbers.—Línea de Poncet, acometida por el General Mosquera.—Vía de Cambao.—Ferrocarril del Norte hacia la boca del río Carare.—Vía de Girardot.

CAPITULO II

VÍAS AL MAGDALENA

Comparación entre estas diversas vías.—Trabajos ejecutados en ellas.—Prolongación de la de Girardot hasta la sabana de Bogotá.

CAPITULO III

VÍAS AL MAGDALENA (CONTINUACIÓN)

Estado del camino de la Sabana antes de la construcción del carretero.—Camino de terciopelo.—Su influencia en la agricultura y el comercio de la sabana de Bogotá.—Prolongación hacia el descenso de la cordillera.—Detenida por la irrupción de las ideas relativas á la construcción de ferrocarriles.

CAPITULO IV

DE AGUALARGA A HONDA

El camino de montaña actual desde Agualarga hasta Honda.—Los cafetales de Chimbe.—La trocha de Guayacundo.—Villeta.—El alto del Obispo.—La cuesta de Petaquero.—Las Tibayes.—Guaduas.—*Tusculum*.—El Consuelo.—La llegada al río Magdalena.

CAPITULO V

REFLEXIONES GENERALES

Estado general de la población á lo largo de la vía.—Atraso de ésta.—Cultivos que pudieran acometerse.—El plátano.—El maíz.—El ensilaje de maíz.—El árbol de Pan.—La palma de dátil.—La palma real.—El cacao.—La viña.—Malos sistemas agrícolas de la actualidad.—Los arrendamientos á largo término.—*El matayage*.—Observaciones generales.

Pedido 31/2000

Año I.

Bogotá, Agosto 15: 1890

Entrega 4.ª

REVISTA LITERARIA

PUBLICACION MENSUAL

EL NIÑO FANTASMA

(Traducido del *London Figaro* para la REVISTA LITERARIA, por C. M. S.).

Fumando, charlando y bebiendo estábamos sentados cierta noche al lado de la chimenea, Brooks, otro amigo común y yo. La conversación vino á rodar sobre Mr. Myers y sus estudios psíquicos, sobre duendes, trasgos, sombras luminosas y aparecidos. A propósito de esto, Brooks refirió la siguiente historia, de cuya veracidad respondió, y en la cual había figurado él como testigo presencial.

Mi esposa—dijo—y yo pasámos nuestra luna de miel en la casa de campo de un amigo, situada en un pintoresco y apartado rincón del condado de Sussex. Vivimos allí solos, tanto porque mi amigo no creyó prudente interrumpir nuestra felicidad, como porque le había tomado aborrecimiento á aquella casa, donde había tenido la desgracia de perder á su joven y bella compañera, quien murió pocos años después de un matrimonio completamente feliz, al dar á luz su segundo hijo, dejando á mi amigo sumido en estado de profundo abatimiento.

Había él enriquecido y adornado con todos los tesoros del arte la casa de sus mayores, convirtiéndola en un templo digno de la que iba á ser allí reina y señora. Muerta ésta, todos aquellos encantos no sólo desaparecieron para mi amigo, sino que se tornaron en objeto de aborrecimiento y de horror. No fue así para nosotros: en el egoísmo del amor, todo lo referíamos á nuestra dicha presente, y tanto dentro como fuera de la casa, sólo hallábamos motivos de satisfacción y agrado.

La residencia llevaba el nombre de *Silverladies*, á causa de un magnífico bosque de abetos que protegía la casa contra los helados vientos del Norte y del Este. Cuando la brisa soplaba, las ramas de los árboles crujían con lastimero acento, y á la luz de la luna semejaban medrosos espectros. Dentro de la

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA
25-3-2000
MADRID
HISPANICA



MCD 2018

casa, los muebles, tapetes, alfombras, cortinas, cuadros, porcelanas, libros, adornos de plata y de laca, eran para nosotros constantes y siempre nuevas fuentes de íntima satisfacción; y tan armónicamente estaban dispuestos todos aquellos objetos, que día por día y hora por hora dejaban descubrir ocultas bellezas.

Un año después de aquella temporada volvimos á la misma casa con nuestro primer hijo yá crecido. A principios de la última semana de nuestra permanencia allí, vino á unírse nos mi amigo, el dueño de la casa, quien tuvo necesidad de ir á recibir y obsequiar algunos otros huéspedes que no podían ser tratados con la misma confianza que nosotros. Llegó él un rato antes de comer. Mostróse afable y cortés; trató de parecer alegre y decidor; pero á menudo recaía en sus hondas cavilaciones, y se retiró temprano á su cuarto.

Cuando llegué al mío, encontré á mi esposa, no como lo tenía de costumbre, recostada en la cama, pues era tiempo de otoño, sino sentada meciéndose en una silla de brazos, cerca de la chimenea, con las manos unidas detrás de la cabeza.

—Guillermo, dijo cuando estuve enfrente de ella, nunca me dijiste que Mr. Clyde tuviese una niña.

—¿Una niña? repuse.

—Sin duda, continuó, él es un padre afectuoso, y siempre se hace acompañar de su hija. ¡Preciosa niña, por cierto!

—Algo he oído decir acerca de una niña que tuvo.

—De seguro, dijo ella, la ha traído consigo, pues nunca la había visto antes de esta noche. Ella sería una preciosa compañera para la nuestra. Imagínate la más graciosa niña del mundo, con largos, dorados y rizados cabellos sueltos sobre los hombros, vestida con una sencilla camisita, y seguida de un gatico negro que la acompañaba jugueteando y enredándosele entre las piernecitas.

—¿Y dónde viste esta niña, mi querida?

—En las escaleras, cuando subía para mi cuarto. Venía adelante de mí y se entró en aquella pieza que queda enfrente de la nuestra.

—Ese es precisamente el único cuarto de la casa que no conocemos, pues siempre está cerrado.

—Así es la verdad.

—Nada hay en todo esto de particular, dije yo; pero es el hecho que yo no sabía que Clyde tuviese una niña. La única de quien he oído hablar murió muy chica, creo que antes que su madre.

—Mucho sentiré que así sea, repuso mi esposa. Creo que una niña sería de gran consuelo para Mr. Clyde, quien tendría en ella una compañía y un estímulo para sobrellevar sus pesares. De todos modos, por la mañana trataré de averiguar qué criatura es esa.

A la mañana siguiente mi esposa hizo, en efecto, las oportunas diligencias, dirigiéndose en primer lugar á la mujer encargada de cuidar la casa. Ella declaró con énfasis que allí no había otra niña que la nuestra, que estaba todavía demasiado pequeña para subir caminando las escaleras acompañada de un gatico. Según observó mi esposa, la mujer que este informe le dio se mostró un tanto sorprendida y aun enfadada, lo que picó aún más su curiosidad. Para satisfacerla, resolvió dirigirse sin más rodeos á mi amigo, á quien encontró paseándose y tomando el sol en el jardín al frente de la casa.

—Tengo viva curiosidad, Mr. Clyde, le dijo, de saber cuya es la niña que vi anoche en las escaleras.

Púsose él más pálido que de costumbre al oír esta pregunta, y pareció tan turbado al responder, que mi esposa no pudo menos que sentir cierto miedo.

—¿De manera, señora Brooks, dijo él, que usted también ha visto esa niña? Mucho me sorprende, pues yo jamás la he encontrado.

—¿Querrá, pues, usted dar á entender que lo que yo he visto no es una niña de carne y hueso?

—Esa es mi opinión.

—¿Y el gato, y el gatico, exclamó mi esposa, tampoco es cosa real?

—Que yo sepa, en muchos años no ha existido gato en la casa.

Como mi esposa no pudiese contener una exclamación de sorpresa, Mr. Clyde se mostró dispuesto á dar una explicación; pero en aquel momento apareció un coche con los amigos que se esperaban, y Mr. Clyde tuvo que ir á recibirlos. Así, se limitó á decir á mi esposa: volveremos á hablar de ello luégo.

Encontrámos los nuevos huéspedes á la hora del *lunch*: el señor y la señora Vansittart, con dos niñas de regular edad. La señora Vansittart era una mujer amable y obsequiosa, de aquellas que se desviven por hallar ocasión de prestar algún servicio. Después del *lunch*, tomó el brazo de mi esposa y le suplicó la condujese á ver nuestra niña. Hecho esto, se sentó junto á la cuna, y, con aire de gran sorpresa, dijo:

—He sabido por mi vieja amiga, la casera, que usted también ha visto la niña de que tanto se habla en esta casa. Esto me interesa vivamente, pues ha de saber usted que somos usted y yo, entre los amigos de Mr. Clyde, las únicas personas que podemos dar testimonio de semejante aparecimiento. Permítame preguntarle qué fue lo que usted vio.

—Vi la niña en las escaleras con un gatico negro.

—¿Y no pasó de las escaleras?

—Nó. Se entró por la puerta que queda á la derecha, la cual se cerró en el momento en que yo pasaba. Esa puerta siempre está cerrada.

—No siempre; pero ello no hace al caso. Ahora, permítame suplicarle que por ningún motivo penetre usted por aquella puerta, sea lo que fuere lo que usted vea. Aquello sería su muerte ó la de su preciosa niña. Una vez lo intenté, seguí á la niña, hace precisamente un año, y nunca lo olvidaré!

—¡Un año! exclamó mi esposa. Entonces estaba yo también aquí, y nada vi.

—No sé qué decirle; lo más raro que hay en todo esto es que no puede determinarse cuándo y á quién se aparece la referida niña. Yo la vi dos veces en vida de la señora Clyde, una antes de la muerte de su primera hija, y otra cuando estaba para ser madre por segunda vez. Aquella es una terrible historia, que dejaremos para otra ocasión. Por ahora, me limitaré á decir á usted que ninguna otra persona, excepto la señora Clyde, vio jamás á la niña en cuestión.

—Pero ¿quién es ella? preguntó mi esposa.

—Nadie puede saberlo. Es una propiedad exclusiva de *Silverladies*, como el bosque de abetos, y parece que lo ha sido por muchas generaciones. Mr. Clyde sabe una historia que corre acerca de esto; pero no gusta de referirla á todo el mundo. A usted, que ha visto la niña, se la contará, sin duda.

Después de esta entrevista con la señora Vansittart, mi esposa, muy afligida, vino á referirme lo ocurrido. Revolviendo en su espíritu todo lo que se le había dicho, llegó á una siniestra conclusión. Creo, añadió llorando, que la señora Vansittart quiso darme á entender que la aparición de este niño fantasma á la señora Clyde fue la causa de la muerte de sus hijos. La circunstancia de haber presenciado yo la misma aparición ¿no traerá también la muerte de mi hija? Esta sola idea me vuelve loca.

Traté de consolarla de la mejor manera que pude, pero ella meneaba la cabeza con desaliento y no quería oírme. Aconsejéle entonces que le expusiese todo el caso á Mr. Clyde para saber lo que hubiera de verdad en aquella historia.

Antes de comer sorprendió mi esposa á Clyde en su gabinete de estudio, y obtuvo de él la siguiente narración.

“En el siglo pasado, en los días de los bucaneros—dijo Clyde—uno de mis antepasados, segundón de la casa, estaba en la marina. Dícese que era hombre audaz, duro, de mal carácter, aunque su retrato, que le mostraré á usted luégo, representa solamente un marinero alegre y sonrosado, que en ocasiones pudiera tener sus arranques de mal humor. Su hermano mayor murió sin descendencia, y, en consecuencia, él heredó la casa solariega, adonde trajo, no se sabe de dónde, una mujer extranjera. Tuvieron una hija, preciosa criatura, según se dice, á quien su madre, por no se sabe qué aberración, le cobró odio profundo. La niña tenía un gato favorito, y la mujer extranjera no podía soportar los gatos. La tradición no es muy clara respecto de lo que sucedió después; pero es el hecho que la niña murió, ya fuese por consecuencia de los continuos malos tratamientos, ya por algún acto especial de violencia, lo que fue causa de que mi antepasado tomase sobre su esposa alguna terrible venganza, tan terrible que, se dice, aquélla fue siempre después esclava sumisa. Usted verá luégo su retrato, y observará en el rostro un sello de terror habitual, que, sin duda, fue la causa de su pronta muerte. Pero en todos los sucesos de esta historia, lo más sorprendente es que no es el espíritu de la madre el que visita la casa, sino el de la niña; lo que sólo podría explicarse aceptando la tradición de que la niña era muy afectuosa con su madre. El espíritu de esta niña

y su gatico se aparecen en singulares y ominosas circunstancias, y pronostican, según se dice, la muerte de un niño; á lo menos, ello ha coincidido con las dos grandes desgracias de mi vida. Mi querida esposa la vio primero—yá he dicho á usted que yo nunca la llegué á ver—precisamente antes de la muerte de nuestra niña. La vio, como usted, subiendo las escaleras; y tan clara fue la visión, que la tomó por su propia hija, sólo que no pudo explicarse la presencia del gatico. El fantasma entró en el cuarto que usted conoce, á la derecha, que era entonces el que nosotros ocupábamos; pero, con gran sorpresa de mi esposa, ella encontró la puerta cerrada, á su niña dormida en la cuna y á la aparecida sentada mirando al fuego. Absorta quedó por un rato ante semejante aparición; pero recordando la tradición que había oído de que la vista de la niña con su gatico negro presagiaba muerte, salió corriendo de la pieza y vino á buscarme. Juntos regresámos luego al aposento, pero la visión había desaparecido. Llena de terror, quedó convencida de que nuestra niña habría de morir dentro de poco, é insistió en enviar por el médico para ver de descubrir si ella tenía alguna enfermedad oculta. El facultativo no encontró nada que justificase la alarma, y se esforzó, aunque en vano, por tranquilizar á mi esposa. Como viese que sus palabras eran inútiles, le refirió, por vía de consuelo, la parte restante de la tradición; es á saber: que el que habiendo visto la aparición descubriese y explicase el misterio, dejaría tranquilo el espíritu y salvaría la vida del niño amenazado. Con aquella esperanza, á que se asió tenazmente mi esposa, se preparó á ver de nuevo el espíritu de la niña. La aguardó una noche ó dos en su cuarto, pero nada descubrió. Otra noche esperó al pie de la escalera hasta la hora usual de retirarse, y cuando, desconsolada, se encaminaba á la habitación, vio á la niña subir delante de ella las escaleras y penetrar en el cuarto. Siguióla resueltamente, y la vio, como antes, sentada con su gatico delante de la chimenea. No le fue dado verla de frente, aunque sentía invencible deseo de hacerlo. Por largo rato permaneció como clavada en su silla esperando lo que hubiera de resultar. Al cabo de algunos minutos ocurrió algo demasiado horrible y aterrador, que no podría referir á usted, mi señora, por temor del efecto que pudiera producirle. Me limitaré

á decir á usted que mi esposa no pudo encontrar la deseada explicación, ni lo pude yo cuando ella me refirió lo ocurrido. A la noche siguiente lo intentó de nuevo. Siguió la aparición escaleras arriba, entró tras ella en el cuarto, y con horrible ansiedad esperó. Repitiéronse los mismos extraordinarios acontecimientos de la víspera, pero mi esposa no pudo hallar la anhelada explicación. Y luégo.... luégo, á la tercera noche, nuestra hija moría del crup!

Inútil será describir el dolor de mi esposa; pero como ella era mujer de espíritu muy enérgico, no quiso dejar el cuarto, y se resolvió á indagar la raíz del misterio, sin otra esperanza yá que la de dejar tranquilo el espíritu de la niña aparecida. Durante un año no la volvió á ver, sin embargo, hasta que estuvo en vísperas de volver á ser madre. Hice entonces grandes esfuerzos por hacerla dejar el cuarto; le supliqué, le rogué por mi amor, por el hijo que habría de nacer; pero todo en vano: insistió en quedarse, y se quedó. En el momento crítico, declaró que la aparición entraba en el cuarto, que se sentaba junto al fuego y que le dejaba ver su rostro; y mostrándola con el dedo, mi esposa expiró, exhalando un supremo grito de angustia.”

Clyde, preocupado con sus propios pesares, no apreció sin duda la terrible impresión que esta historia debía producir en el corazón de mi esposa, que se encontraba en condición análoga, respecto de su hija, á la de la mujer de mi amigo. Concluída aquella dolorosa conferencia, mi esposa vino á buscarme. Ella era, como la señora de Clyde, de espíritu muy animoso, y de todo se creía capaz tratándose de salvar á su hija. Díjome que estaba resuelta á aclarar el misterio; y como nada pudiese yo objetar á su determinación, le ofrecí acompañarla en todo caso.

Inmediatamente después de comer fui á buscar á la casera, con quien tenía yo bastante intimidad, y le expuse el proyecto de mi esposa. Dios quiera, contestó ella, que tenga buen éxito; pero.... quién sabe! Aquello fue la causa de las dos desgracias de la señora Clyde, y la de la señora Vansittart en el año pasado.

—Y ¿cuál fue la desgracia de la señora Vansittart? le pregunté.

—Estando aquí, fue llamada por telégrafo, á causa de la repentina muerte de su hija.

Aquella noticia, debo confesarlo, me impresionó vivamente, y determiné, yá interesado directamente en el asunto, ir hasta el fondo del misterio. Manifestéle, en consecuencia, á la casera que mi esposa y yo seguiríamos la aparición aquella misma noche, ó en el primer momento que se presentase, y le supliqué que me diese la llave de la pieza.

Opuso para ello varias excusas; pero al fin condescendió, haciéndome saber que por orden de Mr. Clyde se mantenía allí siempre fuego durante el invierno.

El resultado de todo esto fue que por la noche, cuando mi esposa se retiraba, yo la acompañé. Al llegar al pie de la escalera me dijo al oído, mirando hacia arriba con tamaños ojos:

—¿La ves?

Yo no descubría nada. Seguí en silencio hasta llegar á la puerta, por la cual, según me dijo mi esposa, había desaparecido la visión. La empujé y la hallé cerrada, pero la abrí con la llave y pasámos adelante. Cuando estuvimos en la mitad de la pieza y enfrente de la mortecina luz de la chimenea, mi esposa me apretó fuertemente el brazo y me dijo:

—¡Mírala! ¿No la ves?

Yo nada veía. Sentámonos á alguna distancia de la chimenea, teniendo mi esposa siempre asida mi mano, que apretaba convulsivamente, según los incidentes de la visión. Ella vio, según me iba refiriendo, la niña de dorados cabellos sentada en un escabel cerca del fuego, y el gatico negro á su lado, contemplando ambos fijamente, pero con aire absorto, la llama. Los carbones despedían débiles hilos de humo; estallaban de cuando en cuando iluminando el cuarto; las cenizas volaban y se estrellaban contra el guardafuego de bronce, con un ruido que causaba pavor; todo aquello, es entendido, á intervalos que nos parecían largas horas. Al fin mi esposa vio una mano—nada más que una mano, descarnada, esqueletada, hasta la muñeca—surgir de la parte oscura al lado de la chimenea, agarrar el gatico negro por el pescuezo y arrebatarlo con fuerza; un momento después la misma mano volvió á aparecer y agarró la niña; esta cayó contra la chimenea, y, lanzando un penetrante grito, desapareció.

Púsose mi esposa en pie, como movida por un resorte, dejando escapar también un grito de pavor; de tal modo, que hasta hoy me es imposible decidir si lo que yo oí fue la voz de mi esposa ó la de la niña, si fue un grito de éste ó del otro mundo.

Mi esposa cayó al punto desmayada; la saqué del cuarto y cerré la puerta. Creí que no valía la pena de llamar á nadie, y yo mismo le hice los remedios del caso. Cuando volvió en sí y me refirió cuanto había visto, insistió en que no dejaríamos pasar aquella noche sin explorarlo todo y salir de dudas.

En tal virtud, bajé las escaleras, busqué á Clyde y al viejo Vansittart y les comuniqué mi resolución. Clyde pareció desconcertado; creía que nada bueno podría resultar de todo aquello; pero una vez que yá nosotros habíamos ido tan adelante, dijo que nos acompañaría hasta el fin. Todos, hombres y mujeres, volvimos á la pieza encantada.

Que la mano esqueletada era, por decirlo así, el origen de toda la máquina de la aparición, era indudable; y mi esposa y la señora Vansittart declararon que la tal mano provenía del lado izquierdo de la chimenea. Clyde había fijado en aquella parte del muro, como en el resto del cuarto, una tela verdosa destinada á servir de fondo á sus cuadros, que se veían en todas partes del aposento. Con su permiso arranqué los alfileres que sostenían la tela en aquella parte del muro, y descubrí un viejo papel rameado. Mi amigo juró y declaró que había dado orden á los obreros de raspar los muros antes de poner la tela. Arrancando un pedazo de ese papel, descubrí otro más ordinario, y debajo de ese, otro, hasta que di con una tabla ó pieza de madera. Limpiada bien aquella parte del muro, y después de un detenido examen, descubrimos que era la puerta de un aparador.

En aquel momento todos nos detuvimos sobrecogidos y nos mirámos unos á otros. ¿Qué extraño secreto de la casa iríamos á descubrir al abrir aquella puerta?

—¡Adelante! me dijo Clyde, alargándome un cincel con febril impaciencia.

Con algún trabajo forzámos la cerradura, y á un tiempo todas las mujeres lanzaron un terrible grito de espanto. Presentósenos allí el esqueleto de una mano—de una mano dere-

cha—con preciosos y ricos anillos caídos sobre la coyuntura de uno de los dedos. La mano colgaba de una cuerda de lana atada á un gancho, y debajo de ella, sobre la tabla del aparador, se veía el esqueleto completo de un animalito de cuatro patas, que todos determinámos no podía ser otro que el de un gatico.

¿Qué significaba aquello? La opinión que entonces emití es la misma que hoy sostengo. La mano era la de la mujer extranjera que había odiado á su hija, que había dado muerte al gatico contra la chimenea, que lo había ocultado en el aparador, y que luégo había golpeado á la niña, no tal vez con intención de matarla, pero de modo tan brutal, que la pobrecita cayó contra el fuego y murió de sus heridas. Sin duda el marido, al saber lo ocurrido, y deseando tomar venganza, cortó la mano de su esposa y la colgó allí en recuerdo de su crueldad. Aquella es la única explicación.

—Creo que usted tiene razón, dijo Clyde, y en corroboración de su juicio, repare usted en aquel retrato de la señora, que está en ese rincón, en el cual, como se ve, la mano derecha está cubierta con el manto.

En esta historia hay, sin embargo, algunos puntos que no se prestan á una explicación satisfactoria; por ejemplo: ¿por qué la niña, víctima, y no la cruel madre, era la que se dejaba ver? ¿Por qué se mostraba sólo á las mujeres, y entre las mujeres sólo á las madres? Pero estas dudas no hacen al caso, porque la verdad es que en todo lo que se refiere á hechos sobrenaturales, jamás puede encontrarse una teoría que resuelva todas las dificultades.

Lo que sí sé yo es que sacámos los huesos del aparador y les dimos honrada sepultura, que el niño fantasma no volvió á dejarse ver en las escaleras de *Silverladies* y que nuestra chica vive todavía, gozando de muy buena salud!

LA POSADA Y EL HOTEL

I

Achaque de viejos es, y querer librarme de él sería cosa imposible, como lo hubiera sido querer librarse del *dengue* ó *influenza*: achaque, digo, es de viejos, alabar los tiempos pasados y vituperar los presentes: ensalzar las virtudes antiguas

y condenar los vicios reinantes; ponderar los méritos de los contemporáneos y denigrar los defectos de los jóvenes; y alabar las cualidades y hermosura de las mujeres de antes y exagerar el lujo, disipación y coquetería de las de ahora; y cosa que hace reír, al escucharlos, hasta el clima ha cambiado, la raza ha degenerado, y el carácter de los bogotanos ha sufrido una funesta transformación. Ilusiones, cuentos, mentiras de los viejos.

En Bogotá, dicen, no había tifo porque no había esos miasmas deletéreos que envuelven la ciudad, y sí había agua limpia ó sucia por todas partes para que la gente del pueblo la llevara á sus tiendas, tuviera desahogo y lavara á sus muchachos. El gas no existía, es verdad; pero por lo mismo no se escapaba por todas partes envenenando la atmósfera, produciendo náuseas y preparando la tisis para el pecho de las niñas. No se habían construído las alcantarillas que llevan la infección á los patios de las casas, transmitiéndose de ahí á las alcobas; y la Plaza de Mercado no era un foco de pestilencia é infección. Todos vivían aquí sanos, y los hombres y las mujeres se morían de pulmonía ó de viejos.

Ahora la anemia es común, y mil otras enfermedades que no se conocían, son el patrimonio de una generación débil, en la cual la vida sedentaria en las mujeres, y la de los clubs, cafés y restaurantes, que están siempre llenos; las casas de tresillo, en donde se juega de claro en claro y de turbio en turbio, y sobre todo los licores, de los cuales hay una tienda en cada esquina, arrebatan á los hombres en flor; y pocos habrá de estos jóvenes que lleguen á los sesenta años.

Antes, afirman, si un caballero necesitaba dinero, un amigo le servía y le daba dinero sonante, que le pedía; mientras que ahora, si tal caso ocurre, hay que ir adonde un usurero, quien exige escritura é hipoteca, y á no ser que se haya preparado una trampa por el que pide prestado, la hipoteca pasa á ser propiedad del prestamista.

¡Qué bellezas las de entonces!, y se les vuelve la boca agua. Las mujeres, frescas como flores y provocativas como frutas en sazón, eran sanas y robustas; y su trato suave y sus maneras fáciles y elegantes cautivaban á los muchachos, quienes se creían dichosos tomándolas por esposas. Hoy todas las niñas están cloróticas y tienen un aire encogido y enfermizo; se visten, es verdad, á la parisiense; pero, cual si tuvieran miedo de

dañar el traje ó de descomponer el peinado, se convierten en estatuas, siempre inmóviles y mudas; y sobre todo, la *bola de Venus*, la *Veloutine de Fay* y los *polvos de arroz*, las desfiguran y las matan; y caso ha ocurrido en el que el frac negro de un caballero haya quedado blanco de polvos, después de haber bailado vals con una señorita.

Y á propósito del baile—añaden—que las muchachas han ganado en lujo lo que han perdido en diversiones y probabilidades de casarse; que antes había reuniones de buen gusto en las casas de las familias principales, conciertos privados y paseos á las quintas vecinas, *donde Cupido hacía de las suyas*; mientras que ahora los jóvenes y las señoritas no se encuentran, no se tratan nunca y no se aman; y si algún matrimonio se hace, es porque el hombre (todos los hombres son *argonautas* y andan en busca del *vellocino de oro*), es porque el hombre ha hecho bien la cuenta de lo que tiene papá; y la niña (porque las niñas saben también contabilidad), la niña, por su parte, ha hecho las cuentas de los aderezos que tendrá y de los trajes que podrá gastar.

Esto dicen todos los viejos en són de crítica; pero son exageraciones y quizás cuentos. Yo voy á echar el mío.

Mi padre, cuando yo era zagalejo, resolvió llevar á toda la familia á una hacienda de que era dueño, cerca del pueblo de X, que entonces era una alegre aldea, y hoy, pasados los tiempos, es una *como ciudad* con unos *como caballeros*; y en el camino era jornada cabal desde Bogotá, la que se hacía hasta la *Venta de D.^a Martina*, situada en la mitad del *Monte del Moro*, famoso entonces por los peligros y dificultades para atravesarlo; y en la cual venta pernoctaban los arrieros que de la sabana iban con papas y harina, y los que de la tierra caliente venían con miel y con maíz.

Serían las cuatro de la tarde cuando, descendiendo la montaña, que la niebla invadía por todas partes, envolviendo los árboles con un velo tembloroso y fantástico, mostrándose el sol en Occidente pálido y triste; serían las cuatro cuando alcanzámos á divisar á lo lejos, como en un cojín de verdura, la espaciosa casa pajiza de la venta, de la cual se levantaba una columna de humo blanquecino que se mezclaba con la niebla y se disipaba en la atmósfera. Los niños dimos un grito de alegría; las señoras, que, cansadas del viaje, iban inclinadas sobre la montura, se enderezaron contentas; las criadas, que se

habían quedado atrás, apuraron solícitas; los arrieros redoblaron los gritos, y las mulas, enderezando las orejas, aligeraron el paso, y nos pusieron pronto al frente de la *Venta de D.^a Martina*.

Impresa está en mi memoria la tal casa, y voy á describirla, porque de ella yá no queda ni la tradición, y es muy grato hablar de lo pasado, que siempre aparece hermoso y lleno de encantos para el que fue feliz.

Era la casa muy grande: al frente tenía un corredor con barandas de madera sin pintar y con puertas en algunos intervalos; y cuando llegámos, de las columnas que sostenían el corredor estaban atadas muchas bestias, mientras que los arrieros bebían chicha en la tienda. Una de ellas, á lo que nos acercámos, disparó una descarga de coces, y con una le acertó en la rodilla á la criada. Esta puso los gritos en el cielo: las señoras se aterraron, los niños gritaron, los arrieros renegaron, y se extendió la confusión y el desorden en todo el campamento. Al lado de la casa había unos hermosos borra-cheros de flor colorada, un guayabo cargado de frutos, que empezámos á coger desde á caballo, y un sauce llorón que formaba el paisaje. Al frente estaban unas enormes piedras, rodadas, sin duda, de la montaña, cubiertas de un suave musgo como terciopelo, y en ellas, ágiles y ligeras, las jóvenes se fueron desmontando, dejando ir las caballerías ensilladas y con la brida suelta, lo que produjo también rumor, porque enredándose éstas en las riendas, y tratando de desenredarse brincaban espantadas y se llevaban por delante criadas, muchachos y equipaje.

Mi padre, después de haber desmontado de la mula á mi madre y conducídola de brazo al corredor, pues apenas podía dar paso, según de entumida y estropeada estaba, se dirigió á la tienda y desde afuera gritó:

—¡Buenas tardes, D.^a Martina!

—Buenas se las dé Dios, señor D. José María; prosiga para más adentro, le contestó la ventera.

—¿Nos hace el favor de darnos posada?

—¡Cómo no! Ahí pasarán una mala noche.

—¿Y hay potrero para las bestias?

—Sí, señor, hay de dos clases: uno de á cuartillo, que está algo limpio, y otro de á medio, que está bien pastado y que es seguro; pero prosigan, que estarán rendidos con tan mal camino. Entren y se sirven una copita de mistela.

En la tienda, al frente y sobre los estantes, teniendo por detrás latas que los hacían reflejar, había un ejército de botellones de cristal claro llenos de topacios líquidos, esmeraldas y rubíes, que esto parecía la mistela de diversos colores que contenían, y que alternaban con los de anisado transparente y puro.

El mostrador era una barricada interpuesta entre el público y la ventera; y sobre éste había varios platos llenos de encurtido de ají y muchas totumas coloradas con dibujos y borde dorado: unas vacías y otras llenas de chicha.

Enormes ollas y grandes barriles estaban repletos de este licor en todo el recinto de la tienda; hervían, como si estuviesen al fuego, y se levantaban enormes burbujas que, al reventarse en la superficie, producían un rumor sordo y constante.

Una larga vara atravesaba la tienda en la parte alta, y en esta vara estaban colgando la cecina de res, las costillas de marrano ahumadas, manteca dividida en cuartillos como cuentas de rosario, salchichas frescas y excitantes; longaniza, salchichones y todo cuanto puede fabricarse con carne de marrano para provocar el hambre de los viajeros. En otra vara que detrás de ésta había, estaban colgadas las velas de sebo en pabellones simétricos; detrás estaba otra con voladores, triquitraques y cohetones; y más allá otra de la que pendían cedazos, balayes, coladores y camisetas para indios. Todas estaban garantizadas contra ratones por medio de totumas resbaladizas ensartadas en el uno y en el otro extremo.

Milagro era que D.^a Martina, que era una mujer alta, robusta, ancha de pechos y abultada de vientre; milagro era que cupiese dentro de aquel recinto, repleto de cajones, canastas, ollas y barriles, y escombrado de azafates con chocolate molido, colaciones, cartuchitos de canela, de pimienta y de cominos; rodeado de estantes, en los que había yerbas aromáticas, mercancías y remedios, y en el cual colgaban del techo fique, lazos, lajitas, cinchas, enjalmas y riendas de rejo; milagro era, y no me arrepiento de asegurarlo, no sólo que cupiera, sino también que se meneara la ventera, y que con otra muchacha que la ayudaba, solícita y ligera, pudiera atender al exigente despacho de la tienda; pidiéndole unos merienda, otros chicha, aquél una aguja de árria, éste dos panes de á cuarto y una mitad de chicha. Y mientras que éstos pedían queso, aquéllos venían en solicitud de un ajuar de niño para un bautismo.

Pero ¡qué habilidad! ¡qué destreza! Sin menearse de un puesto, y extendiendo á uno y otro lado los brazos, sin mirar siquiera los objetos, iba alcanzándole á cada cual lo que pedía. D.^a Martina vendía lo suyo y exigía el pago, y muchas veces ni aun le pagaban.

Abrieron la sala de la posada para que entrásemos; y como de estas salas yá no quedan, permítaseme una digresión arqueológica amena, sin duda, y algo como un discurso académico.

Era grande, muy grande, oscura y húmeda, esterada con esparto, blanqueada con cal las paredes y el cielo raso de primitiva construcción y feo aspecto, del cual pendían multitud de cucuruchos de papel rosado, con piquetes y labrados, colocados con el propósito de que las moscas se pararan allí; pero medida inútil, porque las moscas hacían lo que querían; y así lo acreditaban el cielo raso, las paredes y los muebles que estaban sucios, muy sucios, horriblemente sucios.

Al frente había una mesa ó altar, lleno de santos de retablo, viñetas y grabados, y en el medio una especie de nicho que se abría y se cerraba como un sagrario; dentro de él estaba de bulto una Nuestra Señora, y en el interior de las puertas, esculpidos y de medio relieve, San José y San Antonio. Había también dos floreritos ó tinteros con flores viejas de trapo, y muchas petaquitas de paja.

Colgado de la pared, en una testera de la sala, estaba un gran retablo, que entonces dijeron que era Santa Lucía, y ahora se me ocurre que era una mala visión; le habían sacado los ojos, y la pobre santa los mostraba complacida en un plato de plata; estaba atada pero adornada con un collar de cuentas de vidrio, para lo cual habían roto la pintura. En el otro extremo había una palma bendita, seca y empolvada; pero lo que más llamaba la atención eran unas láminas iluminadas de la novela *Atala*, que eran también las que más devoción inspiraban á los moradores.

Pocos momentos después de nuestra llegada entró una criada, envuelta en una mantilla de frisa y tapada hasta los ojos, trayendo un plato con copitas, un frasco dorado lleno de mistela color de azafrán, y un azafate con colaciones de todas clases y rebanadas de queso mantequilludo. El frasco nadie lo

destapó, pero los bizcochos desaparecieron por obra de encantamiento.

Entre tanto los arrieros descargaban el equipaje, que era de muchas cargas; y las mulas, aliviadas del peso y libres de las enjalmas, se revolcaban sabrosas en el polvo, ó mordian ávidas la grama: otras aguardaban pacientes, como los pobres, á que les llegase su hora de descanso; pero una, más cansada, quizás, se echó con las petacas y rompió toda la loza y el cristal que en ellas había.

Mientras que los muchachos limpiábamos de frutas el guayabo, las niñas, yá crecidas, se pusieron á leer los letreros de que estaba íntegramente cubierta la pared de la venta, muchos de los cuales eran sentimentales; pues como el pueblo X es lugar de veraneo, los pasajeros, hombres y mujeres, hacían á las paredes confidentes de sus amores y de sus secretos:

“Ignacio Carranza consagra un recuerdo á la memoria de días de ventura y de calor pasados en el ardiente X.”

“Bi bá la liber tá.”

Maldita seas mujer
No ves que tu aliento mata
Si has de ser mañana ingrata,
Por qué me quisiste ayer.

“Los cachacos Finisterra y Cabrales fían y no pagan.”

“Aquí estuvimos oi felises la Chata, Pachita y yo.”

“Lamenta mi destino y no maldigas mi perfidia.

Elisa.”

“Román Piñeres es un bobo.”

Corazón que te consuelas
Con el mundo y sus anteojos
Corazón abre los ojos
Mira que en el mundo ruedas.

Estos y muchos otros letreros había en la pared, amén de multitud de pinturas hechas con carbón y tierra colorada; unas representaban la *Sirenita del mar*, otras el *Paraíso terrenal* y otras un *Palacio de Constantinopla*, según decía debajo de cada una de ellas.

Los peones, con mil trabajos, lograron meter por la angosta puerta de la sala el enorme almofrej que pesaba horribilmente, y los criados empezaron á desocuparlo para arreglar las camas, en esta forma:

Para los esposos, en la contigua alcoba, sobre una cama

que debió ser de los patriarcas; y al pie de ésta para las niñas grandes; y para los muchachos en la sala, extendiendo en el suelo esteras de chingalé para salvar los colchones, y echando bastantes cobijas para preservarnos del frío de la montaña, que, como niebla, se entraba cada vez que se abría la puerta.

Al anochecer encendieron una vela oscura y triste, colocada en un candelero de cobre, largo y sucio; vela que parecía aumentar la extensión y oscuridad de la sala, en la cual todos nos habíamos refugiado, tiritando de frío; y á poco rato empezó un entrar y salir de indias envueltas en las mantillas, indios *enruanados* y *chinos* maliciosos, trayendo y poniendo manteles, platos, cubiertos y botellones sobre la mesa, como si fuese á servirse una cena para un ejército; todo con cuchicheos, secretos, señales, afán y desconcierto. Al fin, como en solemne procesión acompañada de veteranos, aparecieron varios indios conduciendo una cazuela de hirviente sopa de pan con rebanadas de huevo cocido, por encima; una sopera rebozando de mazamorra; bandejas sobre las cuales se extendía el succulento puchero, compuesto de infinita variedad de carnes y de legumbres; platos con arroz seco empapado en manteca y adornado con tajadas de plátano maduro frito; una costilla de cordero asada, muchos y grandes panes; y por último, cuatro botellones de chicha amarilla y transparente.

Si comimos ó no comimos, lo dejo al juicio del discreto lector. Nosotros habíamos hecho muchas leguas de viaje; éramos muchachos y la comida estaba exquisita y bien cocida.

Varios de los muchachos, rendidos del cansancio y quizás por consecuencia de los humillos de la chicha que se les subió á la cabeza, se fueron quedando dormidos sobre la mesa; otros alcanzaron á tirarse, vestidos, sobre las camas; y mi madre y mis hermanas tuvieron que empezar la tarea de alzarlos para conducirlos á su lecho, desvestirlos á todos, meterlos debajo de las cobijas y abrigarlos bien.

Del profundo sueño en que yacíamos nos sacó el canto armónico á dúo de un bambuco caucano cantado por antioqueños, acompañados de guitarra, y cuyo canto, de acuerdo con la naturaleza y con el lugar en donde nos encontrábamos, era como el eco de la noche que repetían las montañas:

Te quiero como á mis ojos,
Más que á mis ojos te quiero,

Pero más quiero á mis ojos
Porque mis ojos te vieron.

Versos como éstos eran los que cantaban; y oyéndolos con sabrosura, bien arropados y soñando con la felicidad, continuábamos durmiendo, hasta que la luz que penetraba al través de las rendijas de la puerta, el ruido de las caballerías en el corredor y los gritos de las criadas para que nos levantásemos á fin de arreglar las camas y echarlas en el almofrej, nos sacaron del profundo sueño en que estábamos.

La mañana era hermosa. El sol, apareciendo sobre la cima de la elevada montaña de Oriente, iba desgarrando las cortinas de gasa con que la niebla había cubierto el bosque por la noche; los árboles se sacudían verdes y húmedos al impulso de la brisa matinal; los reflejos de la luz que se deslizaba al través de las hojas, y las sombras que reinaban aún en el fondo de los collados, daban calor, vida y amor á la naturaleza. Cantaban mil pájaros en el bosque á un mismo tiempo, produciendo una armonía imposible de pintar; las gallinas de la posada cacareaban felices, las bestias relinchaban en el potrero al ver salir á sus compañeras, y el caer de una cascada vecina, todo llenaba de ruidos y de alegría la campiña.

Llamáronnos á tomar el desayuno, que se componía de huevos estrellados, costillitas de marrano, papas y plátanos fritos, pan en abundancia y sendas tazas de chocolate aromático y caliente. Apenas acabámos, preguntó mi padre cuánto se debía por todo; y D.^a Martina, temiendo pedir una exageración, excusándose de lo mal que habíamos sido servidos y de lo pésimamente alimentados por haberla cogido de improviso, haciendo minuciosamente la cuenta del potrero y de lo que habían pedido los arrieros y los criados en la venta, dijo que valía todo diez y ocho reales!

Montámos en nuestras bestias, y marchando adelante los criados y el equipaje, al partir gritámos todos, de despedida y alegres: ¡Adiós, Venta de D.^a Martina!

II

El tiempo pasa breve, y para mí tan veloz, que ahora soy quien, como padre de familia, voy con mis hijas é hijos á la

misma hacienda, que conservamos por fortuna, y que está llena de recuerdos y sembrada de dichas.

De Bogotá en ferrocarril á Facatativá jugando, sin sentirlo, sin saberlo, como en un sueño, se va: las señoritas elegantemente vestidas, con sobretodos de paño, guantes de Suecia y sombreros adornados de plumas y de flores. Yá no es un viaje, es un paseo, cuestión de minutos, con toda comodidad y decencia.

En Facatativá, cambio de decoración: las señoras se ponen trajes de amazona, sombreros á la inglesa y guantes con manopla, para montar en hermosos caballos que piafan, se encabritan y relinchan. Los hombres con casco á la Cambell, cazadoras de paño gris, guantes de ante y botas altas. Los niños, como *jockeys*, en galápagos lisos y en cuerpo gentil, como para ir á los carreras.

Los caballos no andan, sino que vuelan, bajando la montaña descuajada de árboles y convertida en magníficos potrerros á uno y otro lado. El *Monte del Moro* cambiado en un camellón, debido, según dice la inscripción puesta en una enorme piedra, “al señor Gobernador Pastor Ospina,” y ¿*la Venta de D.^a Martina?*

Ay! A *la Venta de D.^a Martina* le sucedió lo que á ciertas instituciones del pasado: la humanidad tomó por otro lado y las dejó abandonadas; el trazado del camino se hizo por otra parte, y *la Venta* quedó rezagada, sin que alcance á restaurarla la más audaz aspiración. ¡Triste cosa para los viejos, pero cosa inevitable!

Recogiendo flores á la orilla del camino, observando parásitas, contemplando el hermoso panorama de la tierra caliente que á lo lejos y á nuestros pies se descubría, y caminando aprisa, á las tres de la tarde llegámos á la ciudad de X, y las herraduras de los caballos hacían resonar las baldosas del hotel.

HOTEL DEL UNIVERSO

dice en una gran tabla puesta al frente del establecimiento, al cual se entra por una portada que puede dar paso á cuatro caballos á la vez y que comunica con un espacioso patio, el en que nos encontramos reunidos y contentos todos los de la familia.

Salió á recibirnos un caballero muy garboso y muy ceremonioso, haciendo grandes cortesías y dando la mano á las señoras, vestido como para baile, pero con chinelas bordadas en anjeo y gorro turco colocado de medio lado.

Un criado sin *ruana* trajo un asiento para que las señoras pudieran bajarse del caballo, y otro iba tomando las cabalgaduras.

—¿Nos da usted posada? le dije al hotelero.

—De mil amores, me contestó, toda la casa está al servicio de su interesante y apreciable familia.

—¿Y hay potrero para las bestias?

—En el pesebre quedarán muy bien, y listas para la hora en que el caballero—cuya gracia me hará el honor de decirme—las necesite. Yo me llamo Polidoro Rizo, para servir á usted y á toda su distinguida familia, cuyos pies beso.

—Mil gracias, señor, le contesté; por ahora lo que deseamos mi mujer, mis hijas y yo, es descansar.

—Sigán ustedes, mis apreciables señores, al *salón de recibo*, allí estarán muy confortables y pueden las bellísimas señoritas recostarse en los divanes.

Entrámos al *salón de recibo*, escueto, desamueblado, ventoso, teniendo por adornos una araña de cristal en la mitad del techo, cuatro mesas y cuatro espejos, dos lámparas para petróleo, dos canapés duros y forrados en damasco, y media docena de silletas, que hacían juego con los canapés.

El señor D. Polidoro se entró de rondón con nosotros, tomó asiento, sacudió la cabeza para echar atrás la borla del gorro, que á cada instante se le iba sobre los ojos, y empezó un interrogatorio tan riguroso cual si fuésemos nosotros reos de algún delito.

—Como que tuve el honor de ver á estas honorables señoritas paseando en el Parque de Santander con su respetable madre en una ocasión que estuve en Bogotá. ¿Verdad?

—Es probable.

—¿Cómo está el Parque? ¿Muy lindo?

—Sí; muy bien cuidado.

—¿Qué tal el Teatro Municipal?

—Bastante bueno.

—Estas amables señoritas ¿qué ópera prefieren?

—*La Traviata.*

Interrogatorio empalagoso, que duró tres horas. Imposible de que mi esposa se reclinara á descansar ni de que mis hijas se aflojasen los vestidos para refrescarse.

Para salir de este impertinente, le dije:—Quisiera alguna bebida ó frutas para los niños, porque están con mucha sed.

—Inmediatamente, tendré el honor de que se les sirva.

En efecto, no habían pasado cinco minutos cuando el criado se presentó con una botella de brandy y varias copitas, y detrás el ceremonioso hotelero, quien personalmente fue vaciando el contenido.

—No, por Dios! le grité, mis hijos no toman brandy, lo que quieren es algo como guarruz, limonada ú otra bebida fresca.

—Tengo la pena de presentar mis excusas, pero esas cosas no las hay en un hotel de *cierta categoría*. ¿Verdad? ¿Preferirían estas angelicales criaturas ginebra?

—No, señor.

—¿*Porter*?

—No, señor.

—¿*Triple anisado*?

—No, señor. ¿No tiene usted un poco de dulce, y agua pura?

—Mi honorable señor: tengo frutas en aguardiente que están exquisitas, ¿las preferirían éstas celebrísimas niñas?

—No, señor. ¿Tiene usted panela y agua?

—Perdón, mi distinguido señor, como nadie pide aquí de esas cosas, no estaba prevenido; y, como el agua aquí es tan dañosa, nadie la toma, y prefieren todos una copa de *contragabilana*. ¿Quiere usted probarla?

—No, señor.

—Soy, pues, bien desgraciado, pero no se me había ocurrido que en un hotel de *cierta categoría* se sirviesen frutas, dulce y agua, sobre todo ¡agua! Pero, por complacer á usted, voy á mandar á conseguirla.

A fin de que él se saliese, salíme yo también, y me fui á la cantina, que era una pieza de la misma casa, pero con puertas para la calle.

Había en los estantes una hilera de botellas del mismo tamaño y forma, con vinos alemanes; y aunque el contenido

debía ser uno mismo, los rótulos se diferenciaban: *Oporto, Madera, Jerez, Málaga, Pajarete*, decían, para engañar y vender ese horrible tósigo. Había otra hilera de botellas de *Brandy Henessy*, y el resto estaba lleno con botellas de cerveza extranjera y del país.

Sobre el mostrador estaba el *triple anisado* que nos había ofrecido el amable hotelero, en un botellón de cristal: había otro de brandy, y el vendedor proveía de ellos á un corro de más de diez jóvenes que fuera del mostrador estaban charlando alegremente.

Fuíme en busca de frutas (que allí las hay exquisitas, en abundancia y muy variadas); conseguí cuantas quise, y volvía feliz con ellas, cuando encontré que todos los *cachacos* del pueblo habían invadido el hotel, y atisbaban á mis hijas cual si fuesen animales raros, espiaban todos sus movimientos, y los más osados se atrevían á hacerles señitas amorosas.

Lleno de indignación fui á cerrar la puerta de la sala, cuando D. Polidoro se interpuso, pidiéndome que le permitiese entretener á las hermosas señoritas, tocándoles en la guitarra, que al efecto traía lista, algunas polkas que había compuesto en sus ratos de ocio; y sin oír mi contestación, entróse y principió á rascar el instrumento.

A las cuatro de la tarde llamaron á comer, lo que interrumpió la orquesta del hotelero, y nos dirigimos al comedor, pero él creyó conveniente ofrecer muy galante el brazo á la mayor de mis hijas. Por fortuna ella, haciéndose la distraída y la sorda, entretenida mirando un pajarito que en el patio había, lo dejó con el brazo enjarrado en presencia del público que estaba en los corredores.

El comedor es muy bonito, espacioso, con cristales que permiten ver el sol poniente y que dan mucha claridad, y colgado con papel imitación de madera y círculos dentro de los cuales hay pinturas que imitan aves muertas, frutas y flores. La mesa es grande, con manteles de color sospechoso y servilletas poco nítidas, y cubiertos de hierro, á los que faltan aseo y brillo.

Yá el comedor estaba lleno de los comensales del hotel; algunos sentados á la mesa, con *ruana* y sombrero metido hasta las cejas, como si fuesen á pasar el páramo, habían empezado á tomar la sopa y sorbían produciendo el ruido de una

locomotora que arroja vapor; otros hacían las últimas libaciones con brandy, antes de la comida; y la mayor parte, formados en dos filas, aguardaban á que nosotros pasásemos por el medio para satisfacer ampliamente su curiosidad.

Apenas nos sentámos, un criado nos fue sirviendo á cada uno un plato de sopa de fideos; pero no era tal sopa: era la milmillonésima partícula homeopática de fideos, disuelta en las aguas del Tequendama, y distribuída después en porciones del tamaño de un plato.

Luégo vino un pollo tísico que el elegante hotelero, con actitudes académicas, dividió y repartió entre los comensales; después un cocido, cuya carne parecía haber salido de la tene-ría de *Aqualarga*; y cerraba el banquete un postre de leche y huevos, al que le faltaban la leche, el azúcar y los huevos.

El crujir de los dientes al mascar, los sorbos descomunales y terribles que daban, y los repiques de los tenedores y cuchillos contra los platos, producían un ruido como el que se oye en la *Ferrería de La Pradera*; y este ruido lo dominaba de vez en cuando la voz estentórea de un jayán que gritaba: ¡Cerveza! ¡Más cerveza!

La parte poética del hotel estaba en las caballerizas. Allí, cual graves académicos, estaban nuestros caballos, haciendo versos unos, otros una disertación sobre la inmoralidad de introducir la letra K en el idioma muisca; y otros, con el pes-cuezo estirado, aguardando la palingenesia universal.

Llegó la noche: las camas eran todas el *lecho de Procusto*, sin variación alguna, ni en tamaño ni en forma; y sólo había en ellas un colchón que cantaba como el leguito del convento en la zarzuela de los *Magyares*:

Tú vienes aquí por lana,
Yo te voy á trasquilar;

unas sábanas almidonadas y tiesas, que cortaban las carnes, y unas frazadas que debieron de fabricarse como redes á propósito para pescar ballenas.

Separaba nuestra alcoba del *salón de billar* un delgado tabique; y desde que nos acostámos empezámos á oír las bolas de marfil que daban unas contra otras; las pisadas de los jugadores en el entablado y el grito del garitero, que decía á cada momento: ¡Cinco contra doce! ¡Treinta contra treinta y seis!

Y así sucesivamente, hasta acabar cada juego, volviendo luego á comenzar.

Por fin nos dormimos. ¡La naturaleza es tan débil! Y entregados estábamos á los *brazos de Morfeo*, como diría el hotelero, cuando se sintieron un tropel de gente en el patio, voces confusas, rumor de tempestad, ruido de armas y gritos descompasados. — ¡Seductor! ¡Pícaro! ¡Te mato! ¡No lo mate! ¡Asesino! ¡Pum! ¡Pum! tiros repetidos de revólver; alaridos de mujeres y llanto de muchachos. ¿Qué era todo esto? Nada. Una querrela de bebedores, que había empezado en la cantina, se había comunicado á la calle, había llegado á la plaza, se había sentido en las casas, había atraído á las mujeres, y en la cual la población entera había tomado parte, escogiendo para teatro nuestro hotel.

Por la mañana no parecían los frenos de nuestras monturas, porque unos huéspedes, más madrugadores que nosotros, habían cargado con ellos. No nos dieron desayuno, porque en un hotel de *cierta categoría* no se sirve sino café con leche, y las vacas no habían venido aún de los potreros; pero en cambio, y antes de que yo la pidiera, me presentaron, en papel timbrado con la mayor elegancia, la cuenta de gastos, cuya suma era tan alta, que apenas pudiera compararse con las reclamadas ante la *Comisión de suministros*.

Y queda así cerrada la mentirosa historia de la *Posada y Hotel*.

MEDARDO RIVAS.

CHIQUINQUIRA

Chiquinquirá es el nombre que durante trescientos años ha llevado este Municipio, nombre que no ha sido cambiado hasta hoy. Está situado en el mismo lugar que ocupó hace más de tres siglos un caserío indígena del mismo nombre, rodeado de bosques y pantanos, y que tocó en repartimiento al Corregidor D. Antonio de Santana. *Chiquinquirá*, en el idioma indígena, quiere decir, según afirman, *Tierra de aguas*. No sabemos lo que haya de cierto en la materia, pero sí que el terreno del Municipio no ha sido seco y está dispuesto siempre á ence-

nagarse, lo cual nos hace creer en la verdad del significado del nombre dicho.

La ciudad es cabecera del Municipio y capital de la Provincia de Occidente (departamento de Boyacá). El Municipio se halla dividido, para su propio gobierno, en los siguientes partidos ó secciones: *Centro*, ocupado por la ciudad; *Sasa*, *Borracheros*, *Moyabita*, *Carapacho*, *Balsa* y *Hato de Burras*, al Oriente; *Casablanca*, al Norte; *Montevarela* y *Molino*, al Noroeste; *La Mesa*, al Occidente; *Tenería* y *Resguardo*, al Sudoeste; *Hatogrande* y *Tierra de Páeces*, al Sur; *Hato de Susa*, *Sabaneca*, *Quiche* y *Charco*, al Sudeste. En todo este territorio se halla esparcida una población de diez y ocho á veinte mil habitantes.

Este Municipio limita, por el Norte, con el de Saboyá; por el Occidente, con el de Pauna; por el Sudoeste, con el de Caldas; por el Sur, con el de Simijaca (departamento de Cundinamarca); y por el Oriente, con el de Tinjacá. La ciudad está situada en la hoya de un pequeño río, de escaso caudal, llamado de *Chiquinquirá*, que corre en dirección constante S.O., N.E., y formado por la unión de tres *quebradas*, denominadas *La Playa*, *El Palmar* y *Las Vueltas*, unión que se verifica en territorio de Caldas. A esta colectividad de *quebradas* se une la de *El Hato*, limítrofe entre Caldas y Chiquinquirá; y todas cuatro, con la de María Ramos, dan sér á un modesto y pando riachuelo que se deja dar el pomposo nombre de *Río*. Empero, no por pando y modesto dejó de necesitar un puente—el *de Pinilla*—á unos 700 metros al Sur de la ciudad, edificado sobre buenos estribos de cal y canto, con dos espaciosas luces, barandillas de madera y cubierta ó techo de teja, todo bien hecho y sólido. De este puente, edificado en el punto mismo en donde el río corta el camino nacional, el río sigue su marcha casi paralelamente al camino citado, riega y fertiliza los prados vecinos á la población, llega á ésta, acaricia con sus ondas los últimos arrabales del Oriente, y después de pasar bajo otros puentes pésimos é insignificantes, se escurre sin ruido, como pesaroso de dejar la ciudad, y va á ofrendar su caudal al río de *La Balsa*, á unos 3,200 metros al N.E. de este lugar.

El aspecto general del territorio es el de un valle llano,

separado, hacia el Occidente, de los pueblos de tierra caliente, por una alta serranía en cuyas últimas faldas está situada la ciudad; hacia el Oriente, salpicado de pequeñas colinas de suave declive; y algo pantanoso hacia el S.E. en los terrenos cercanos á las riberas del río de *La Balsa*, llamado también *Sarabita*. Una frondosa colina poblada de robles corre á unos 800 metros al Oriente de la ciudad, en dirección S.N. Salvo esta pequeña colina y la serranía que cierra el horizonte en Occidente, no se halla en el territorio otra eminencia de significación, pues no deben contarse como tales las mil pequeñas y redondas lomas que, como las olas de un manso lago solidificado, salpican la llanura.

El territorio en toda su extensión está bien cultivado, y parece que en él las dehesas y las sementeras, en constante lucha, se disputan los más escondidos rincones; una red de caminos y veredas practicables cruzan en todas direcciones y dan acceso hasta á lo más abrupto de las serranías.

Nada más poético y pintoresco que los alrededores de Chiquinquirá. Un ilustre viajero—el P. Gumila—se expresó en términos que favorecen mucho la belleza de este suelo. ¡Y cómo quisiéramos citar aquí lo que al mismo respecto dice en su *Peregrinación de Alpha* el sabio y nítido Ancízar!

Chiquinquirá ocupa el centro de un vallecito, parte del gran valle que se extiende desde el distrito de Sutatausa (departamento de Cundinamarca) hasta el de Saboyá. La serranía de Occidente, yá mencionada, cubierta de rica vegetación, esconde en las pequeñas hoyas de las *quebradas* á que da nacimiento, un sinnúmero de no lujosas pero pintorescas casuchas que parecen alegrarse de su soledad y reír de la sorpresa que su ignorada existencia da á quien descuidado vaya á visitar aquel paredón tras del cual muere el sol.

Por el Oriente, yá lo dijimos, corta el horizonte una colina llamada *El Bosque*, muro natural contra las brisas del lago de Fúquene. Parece alardear de su eterno verde—oscuro penacho de robles y de su falda de esmeralda que va extendiéndose como con voluptuosa ampulosidad hasta las inmediaciones de la población.

Por el Sur, á unos 1,600 metros, se ensancha el horizonte y se extiende la ubérrima sabana de *Hatogrande*, ence-

rrada por un reborde de apretados cerros que la limitan por todos lados, menos por el Norte, en donde existe una prolongación de la llanura, que por su rectitud y forma horizontal parece marcar el camino que conduce á la ciudad.

Al Norte y Noreste se extiende una serie de pequeños prados, interrumpida por otra serie de pequeños morros, los unos y los otros verdes siempre, sembrados ó trocados en dehesas.

Cada loma se halla coronada por una casucha (á veces es verdadera casa, como sucede con las de *Terebinto*, *Avemaría*, *Piamonte*, *Granja*, etc.); cada casucha está rodeada de su indispensable sementera, y cada sementera circundada por una cerca de sauces y madre selvas entrelazados cariñosamente. Y en toda esta extensión un solo punto no existe árido ni inculto! ¡ Por todas partes se adivina allí el trabajo del hombre y la bondad de Dios!

¡Ni montañas gigantescas, ni llanuras espaciosas, ni ríos caudalosos, ni peñascos abruptos, ni espantosas cataratas, ni antros sombríos....! ¡Todo armónico, todo tranquilo, todo unido, acorde, suave, gradual, pero á la vez variado, sorprendente, lleno de cambios que, antes que notarse en el terreno, se perciben en el alma!

II

La ciudad ocupa el fondo del valle yá descrito. Su forma es oblonga irregular y afecta la figura de algo como una cruz que tuviese su cabeza hacia el Sur. Se extiende de Sur á Norte en una longitud de unos 1,400 metros, por 800, poco más ó menos, en su anchura de Oriente á Occidente. Su aspecto, si no es bello ni elegante, ni nos permite decir que sea pulcro y aseado, no deja de tener mucho de alegre y pintoresco; es, en cuanto á sus construcciones, el mismo, poco más ó menos, de todos los pueblos del interior que no empiezan sino hoy á saborear en muy pequeñas dosis la elegancia y comodidades de la vida civilizada, y que hacen esfuerzos por asimilarse en lo posible los muy escasos elementos de esa civilización, que hasta á estos rincones del país penetran.

Las calles, aunque planas, son irregulares y sinuosas, á causa, sin duda, de lo pantanoso del suelo en los tiempos en que

empezó á establecerse la población. Las manzanas son pequeñas y desiguales, y las casas, en su mayor parte de adobe y teja y de segundo piso, aunque de regular exterior, parece que carecen generalmente de comodidad en el servicio interior, seguramente por hallarse muy apiñadas y por falta de aguas. Su construcción se resiente de la pesadez y carencia absoluta de elegancia que caracteriza esa arquitectura semi-indígena que privó entre nosotros en no muy remotas épocas. Sin embargo, de diez años á esta parte el gusto arquitectónico se ha cultivado algo, y de acuerdo con él se han hecho yá algunas buenas construcciones y reformas.

Se cuentan en el poblado unas cuarenta manzanas, cada una de las cuales contiene, por término medio, doce casas. De éstas no alcanzan á ciento las de bahareque y paja que se hallan en los arrabales.

La *Plaza de la Libertad*, en el costado occidental de la ciudad, con unos ciento diez metros cuadrados, y la de *La Constitución*, un poco más pequeña, en el costado oriental, son las principales de la población. Existen también: la *Plazuela de Policarpa*, con unos ochenta metros cuadrados, é inspiradora de alegría; la de *La Concepción*, un poco más espaciosa, aunque no bien formada aún por ser de reciente creación; esta plaza es el lugar de la feria de ganado, es decir, el punto de cita del dinero y de las transacciones de los hacendados de la comarca; la plaza en miniatura de *La Florinda*, en la salida Norte, y en el punto en donde se bifurca el camino nacional para tomar una rama hacia los pueblos de Santander y otra hacia los de Boyacá; y por último, otra plazoleta—la de *Antonia Santos*—que si hoy no tiene importancia, será dentro de diez años, así lo esperamos, el parque adonde vayan los enamorados á exhalar suspiros y decir endechas.

De las poblaciones de estas comarcas, parece que en pocas se encuentran tan apiñados los moradores como en ésta: cada casa, en todo su perímetro, cuenta, por término medio, 14 habitantes. De esto resulta como número de pobladores de lo que se llama el *casco* de la ciudad el de 6,720, distribuídos entre comerciantes, hacendados, artesanos, jornaleros y mujeres entregadas á oficios domésticos, no sin que entre éstas se hallen muchas dedicadas al comercio de artículos del país.

Si al número de pobladores citado se agrega la diferencia en favor de la población, cada tres años, como resulta de los datos que tenemos de los de 1885, 86 y 87, resulta que Chiquinquirá tendrá que extenderse mucho y muy pronto. Dichos datos son:

Años.	Nacimientos.	Defunciones.	Diferencia en favor de la población.
1885.....	590	397	193
1886.....	608	238	370
1887.....	585	320	265
	-----	-----	-----
	1,783	955	828
	-----	-----	-----

III

En la ciudad hay dos templos y una pequeña capilla. El templo principal está situado en el costado occidental de la plaza de *La Libertad*. Este templo se debe á los esfuerzos de religiosos dominicanos que han regentado allí el curato, á las limosnas de los peregrinos y á las donaciones de los fieles, y está consagrado á la veneración de Nuestra Señora en su advocación *del Rosario de Chiquinquirá*.

Nuestro amigo el señor D. Dionisio Cortés, actual Secretario de la Escuela de Bellas Artes, y entendido en Arquitectura, nos ha proporcionado estos datos, que publicamos á continuación, relativos al templo de que vamos hablando.

“Al sabio capuchino Fr. Domingo Petrés, constructor también del Observatorio, la Catedral, la Capuchina y Santo Domingo, se debe el plano y la mayor parte de la construcción de este templo. Está levantado sobre cruz latina, pertenece al orden dórico, consta de tres naves y diez y siete capillas, de cada una de las cuales se destacan altares de estuco bruñido, con bocelos dorados, conforme á los cinco órdenes de Arquitectura clásica: toscano, dórico, jónico, corintio y compuesto. Sus columnas principales están compuestas de cuatro columnatas embutidas entre pilastras, que forman un conjunto lleno de solidez y majestad que admira y seduce. En la nave principal estas columnas suspenden bóvedas cilíndricas, adornadas con arabescos dorados y pinturas alegóricas relativas al culto de la Virgen. Las bóvedas laterales son de aristas, y de su centro se desprenden florones de hojarasca de acanto, agrupadas á manera de los pétalos de una flor, de cuyos cálices salen las cuerdas que suspenden las arañas.

“El presbiterio está cubierto por una bóveda cilíndrica y otra semi-esférica; en ésta, llamada *de la Virgen*, están repartidos los adornos en forma de estrella, en cuyos radios están representados alegóricamente los siete sacramentos, y su centro lo constituye un triángulo con el ojo de la Providencia, como emblema de la Trinidad. Circula esta bóveda una serie de genios alados que llevan un enorme festón de uva de parra y espi-

gas de trigo, emblema de la Eucaristía. Bajo esta bóveda, y entre una graciosa arcada, se encuentra el cuadro de la Virgen, á seis metros de altura, en un sitial de metal triple-dorado y de orden caprichoso.

“La cúpula es de orden jónico, forrada en metal, y sube hasta cuarenta metros. Su tambor asienta sobre cuatro pechinas, en las cuales se destacan, de entre óvalos adornados con cariátides, la imagen de los Evangelistas.

“Sobre una bóveda rebajada, á la entrada principal del templo, está el coro, contorneado por una balaustrada dórica que conduce hacia los campanarios; y al frente, sobre dos remates caprichosos, se levantan las estatuas de San Miguel y del Angel de la Guarda.

“El frontispicio del templo es sólido, sencillo é imponente; consta de dos torres (en una de las cuales hay un buen reloj), y un remate dórico con un nicho dentro del cual se halla la colosal estatua de Santo Domingo.

“Este templo, por su esmerada construcción, su feliz arcada, su abundancia de luz, su esbelta cúpula y sus altares de clásico gusto, merece ocupar uno de los primeros puestos entre los templos del país.”

Esta iglesia parece que principió á edificarse por el año de 1601; y últimamente, en el año de 1886, quedó terminado el trabajo de ornamentación hecho por el señor D. Antonio Cortés Mesa, hermano de nuestro citado amigo D. Dionisio, trabajo que fue ordenado é inspeccionado por el respetable actual Cura Párroco de Chiquinquirá, M. R. P. Fray Buenaventura García.

Existe en la librería de Chiquinquirá, propiedad del señor D. Luis F. Fajardo, un cuadernito escrito muy cuidadosamente por el inolvidable y siempre sentido señor D. Manuel Vinagre Neira. Ese cuadernito contiene, en sencillo y poético lenguaje, reflejo del gallardo espíritu de su autor, la historia tradicional del Cuadro de Nuestra Señora del Rosario, que se venera en Chiquinquirá. No lo tenemos, pero lo que de él recordamos va aquí brevemente:

D. Antonio de Santana, Corregidor español residente en Sutamarchán, mandó pintar un cuadro de la Virgen del Rosario á un pintor llamado Andrés; hizolo éste, y como le quedara en el lienzo, á los dos lados de la imagen, sitio suficiente para dos figuras más, se pintó allí también las imágenes de San Antonio y San Andrés, en memoria de los nombres del Corregidor y del pintor. Este cuadro fue regalado á la capilla de Sutamarchán, y allí estuvo por muchos años; de donde pasó, no recordamos por qué ni cuándo, á una humilde capilla de bahareque y paja del caserío de Chiquinquirá.

En esta capilla, denominada de Jesús, María y José, de la cual hablaremos luégo, oraba siempre, y con fervor, una hu-

milde mujer llamada María Ramos, oriunda de Guadalcanal (en Sevilla). Entre tanto, el cuadro de la Virgen se deterioraba más cada día; pero tanto oró y oró la Ramos, que un día—el 25 de Diciembre de 1586—el cuadro irradiaba luz y la borrada pintura reaparecía completa y fresca, como si hubiesen acabado de hacerla. Esto es lo que se llama el milagro de la Renovación, del cual se celebró el tercer Centenario el año de 1886.

Desde entonces Chiquinquirá viene siendo la Meca Sudamericana. La peregrinación es inmensa; cálculos que juzgamos exagerados hacen subir á 80,000 los peregrinos que llegan allí anualmente, pero nosotros, á falta de datos estadísticos, que nadie ha recogido, damos aquí como acertado el de 40,000. La Virgen tiene joyas valiosísimas, como un cinturón y una media luna.

La peregrinación es constante, pero crece durante los meses de Febrero, Agosto y Diciembre. En este último mes, á la fiesta religiosa se agregan una magnífica feria y fiestas de plaza; y es entonces cuando Chiquinquirá produce vértigo.

Además del templo principal existe el antiguo de Jesús, María y José, de que antes hablámos. Está situado en la acera oriental de la plaza de *La Constitución*; es de orden dórico sencillo, y no pasa de ser una capilla humilde, de grato recuerdo para los fieles, porque fue allí, como lo dijimos yá, donde se verificó el milagro de la Renovación. Debajo del altar de este templo está un pozo de donde extraen agua los fieles, y que se llama *agua de la bóveda*, según dicen, milagrosa también.

Existe, además, en la cúspide de una colina que domina la ciudad, y situada en el centro de ésta, una capillita de humilde aspecto, que da espacio apenas para un altar y un campanario. Esta es la capilla de *Santa Bárbara*. Pobre y pequeña es, pero tiene la poesía de su situación, á la cual se agrega la poesía que le da la fe.

IV

Unido al templo principal se halla el único edificio de consideración que existe en la ciudad: éste es el antiguo con-

vento de Padres de la Orden de Santo Domingo, destinado hoy para local del Colegio Público; edificio notable por su sólida y severa arquitectura y por su extensión, que iguala á la de los mayores de la misma especie que hay en Bogotá.

Este Colegio, en remotos tiempos, tuvo sus grandes glorias y las dio también á la Patria: los Doctores Cerbeleón Pinzón, Tiburcio Rojas, Francisco Cosme Fajardo, Narciso Vargas y muchos otros hombres notables hicieron allí sus primeros estudios.

Luégo, con las revoluciones, cambios políticos y algunas circunstancias locales, decayó notablemente. Hoy el señor D. Manuel Jiménez hace esfuerzos supremos y lucha valerosamente para sacarlo de ese estado.

Además de este Colegio, existe en la ciudad uno privado, que regenta con consagración y habilidad el señor D. Isidoro Páez S.

En estos dos Colegios, la Escuela Pública para varones, y muchos establecimientos de educación para señoritas, se forma actualmente la juventud chiquinquireña.

V

Los habitantes de Chiquinquirá son sobrios y frugales; su alimentación usual consiste en raíces y cereales, y carnes de res, cordero, marrano y volatería, ésta en muy pequeña cantidad; y si existen personas que acostumbren más delicados manjares, es su número tan reducido, que no es para apreciarse aquí. El vino, ó lo que con tal nombre nos llega á estos rincones, es poco usado; y sólo el consumo de la cerveza tiende á aumentarse, debido á que, venciendo considerables obstáculos, se ha logrado establecer una fábrica.

Chiquinquirá no tiene industria especial que sea fuente de su riqueza; pero dos pueden ser las causas eficientes de ésta, á saber: el comercio de mercancías extranjeras y de artículos del país, al cual está consagrada una gran parte de los habitantes de la ciudad; y muy especialmente la cría y ceba de ganados y el cultivo de sementeras, á lo cual se dedica el mayor número de pobladores con buen éxito, debido á la fertilidad notabilísima del suelo. El valor apreciable de la riqueza del

Distrito, si creemos en el catastro de 1888, es el de \$ 800,000; pero este avalúo no iguala siquiera á la tercera parte del verdadero valor.

Si Chiquinquirá carece por completo de importancia histórica militar y política, pues ni es punto estratégico que haya sido escogido para teatro de sus proezas por bravos de ninguna época, ni tampoco ha sido asiento de Gobierno, ni ciudad capital, ni cuna de los hombres de Estado y ni siquiera punto de escrutinios eleccionarios trascendentales,—no carece de importancia como plaza comercial, y ha sido en anteriores épocas centro de movimiento y de acopio de artículos mercantiles importados y exportables. Hoy ha decaído un poco tal movimiento; mas no deja por eso de contar numerosos y bien surtidos almacenes de artículos extranjeros, entre los cuales deben notarse los de los señores Juan J. Borda, Angel M. Vargas, Doctor Lucio Pinzón, Acisclo y Belisario Ruiz, Rafael Casas F. y otros; como también muchos de sal, azúcar, cueros, quinas y café, aunque el comercio de estos dos últimos artículos está hoy casi anulado. También hay innumerables tiendas y tenduchas en donde se hace un gran expendio de artículos puramente *raizales*, pudiera decirse, tales como la cera labrada, que se vende en grandes cantidades, alpargatas, mochilas, *totumas* pintadas, y por último, las *cocas*, los molinillos, trompos, peonzas y boliches de todas clases, que son la *especialidad*, el *chef-d'œuvre* de la industria chiquinquireña; y bien dicen que

De Norte á Mediodía
Y de Ocaso hasta Oriente
Se dice con razón y justamente
Que goza la ciudad extensa fama
De trabajar maderas en el torno
Con grande perfección, y se la aclama
Como patria especial de los torneros!...

Bendita la tal fama! y nada importa
Que nos llamen también *molinillos*! ...
El que con tal epíteto nos llame,
Que deje los dineros
De que traiga repletos los bolsillos,
Y nosotros en cambio le daremos
Nuestros más espumantes molinillos!

También, además del trabajo de torno, que merece en verdad citarse, se trabaja muy bien en obras de talabartería.

Notable, y mucho, es el genio que para las bellas artes

tienen los hijos de Chiquinquirá. Todos rasgúan el tiple con perfección, puntean la bandola hasta enamorar; y muchos son hoy, aunque muy jóvenes, notables artistas; y si nó, dígalo Simón Bolívar, violín concertante de la Sociedad *Ponce de León*, Dionisio Cortés, Secretario de la Escuela de Bellas Artes, Benito J. Bolívar, Director que fue (no sabemos si hoy lo sea) de la Banda de Boyacá; Fernando Páez, que retrata á lápiz admirablemente, y será dentro de poco notabilísimo arquitecto, etc. etc.

VI

El clima es frío y húmedo, con una temperatura media de 16° centígrado. Los meses de Enero, Febrero y Marzo son secos; viene la lluvia tenaz en los meses de Abril, Mayo y Junio; Julio, Agosto y Septiembre son meses de vientos y sequía, para dar luégo lugar á las lluvias, que terminan casi repentinamente á mediados de Diciembre.

Los vientos que soplan del lado oriental, cargados con los miasmas de los pantanos formados por el lago de Fúquene y río de *La Balsa*, aunque un tanto detenidos en su marcha por la colina de *El Bosque*, llegan á la población; pero allí son contrarrestados sus efectos palúdicos por las brisas oxigenadas que atraviesan el valle en donde se halla la ciudad.

Aunque ésta ha sido acusada de ser un foco perpetuo de fiebres tifoideas y malignas de toda especie, que, según dicen, diezman el número de moradores, es lo cierto que de 20,000 de ellos morirán 5 tan sólo anualmente por causa de tales fiebres.

Parece, sí, que, según el dictamen de muy respetables médicos, se desarrolla, especialmente en las mujeres, una fiebre que las debilita y las consume; fiebre que unos médicos tratan por la quinina, y los otros por alimentación sana y nutritiva; aquéllos atribuyen la enfermedad á origen palúdico, y éstos creen que es puramente enfermedad sintomática de la debilitación del organismo. Nosotros, con humildad de profanos en la materia, nos inclinamos á esta última aserción, porque la enfermedad se presenta con más frecuencia en las personas de vida sedentaria, más apropiada que ninguna otra para el

desarrollo de las anemias, dispepsias, clorosis, etc. Muy raro es que una persona de vida campestre y agitada sufra sus efectos, aunque more á la orilla misma de los pantanos.

JULIÁN PÁEZ M.

CONFERENCIA INTERNACIONAL AMERICANA

* * * Los lectores de la REVISTA saben que uno de los Delegados por Colombia en el Congreso Americano reunido en Washington el año pasado, fue el señor D. Carlos Martínez Silva, conocido hombre público y escritor de aptitudes y talento, con cuya colaboración empieza á honrarse desde hoy la REVISTA LITERARIA. Cumplió el Doctor Martínez Silva con fidelidad y lucimiento el honroso encargo que le confió el Gobierno, por lo cual, como colombianos, nos toca felicitarlo y darle la enhorabuena al país por el buen nombre y brillo que sobre él reflejan sus conspicuos servidores.

Aquí recogemos, como asunto íntimamente relacionado con la bibliografía nacional, el discurso que el señor Martínez pronunció en apoyo de la idea, por él mismo sugerida, sobre creación de una Biblioteca de todas las obras que se han escrito y publicado en el Continente Americano, asunto altamente simpático y digno de aplauso, el cual, no lo dudamos, acogerá por su parte el Congreso de la república de Colombia con el interés y empeño que requieren el buen nombre de la patria y la promesa tácitamente formulada al Gobierno de los Estados Unidos por todos los representantes de las naciones del mundo de Colón.

CARTA DEL HONORABLE SECRETARIO DE ESTADO AL PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS

Departamento de Estado.—Washington, Mayo 12 de 1890.

Señor Presidente.

.....

Parece oportuno relacionar con este asunto la resolución de la Conferencia en su sesión final, relativa al establecimiento en Washington de una Biblioteca latino-americana.

Los Delegados extranjeros, apreciando la importancia de la Conferencia y la significación de una Asamblea de diez y ocho naciones reunidas para promover la paz y su recíproca prosperidad, expresaron varias veces el deseo de que se levantase algún monumento que conmemorase perpetuamente tan singular acontecimiento. Varias proposiciones se hicieron á este respecto; pero este deseo no vino á encontrar forma final sino en la siguiente feliz resolución presentada por el honorable Carlos Martínez Silva, Delegado de la república de Colombia:

“ Resuelto:—Que se establezca en la ciudad de Washington, en el edificio que el Gobierno de los Estados Unidos designe, una Biblioteca Latino-Lusitano-Americana, para conmemorar la reunión de la Conferencia Internacional Americana. Esta Biblioteca deberá formarse por contribuciones de todos los Gobiernos representados en esta Conferencia, y se reunirán en ella todas las obras históricas, geográficas y literarias, mapas, manuscritos, leyes y documentos oficiales relativos á la historia y civilización de América. Dicha Biblioteca deberá inaugurarse solemnemente el día en que el Gobierno de los Estados Unidos celebre el cuarto centenario del descubrimiento de América.”

El honorable Bolet Peraza, Delegado de Venezuela, después de aplaudir y apoyar la resolución del señor Martínez Silva, sugirió que la Biblioteca llevase el nombre de Colón, en honor del ilustre descubridor, enmienda que fue aceptada por el señor Martínez Silva.

La resolución fue unánimemente aprobada.

El señor Martínez Silva, al presentar su resolución, se expresó en los siguientes términos:

“ Señor Presidente: Desde que mi distinguido colega y amigo, el señor de Mendonça, sugirió en una reunión privada la conveniencia y la justicia de que se erigiese un monumento para conmemorar la reunión de la Conferencia Internacional Americana, parece que fue opinión unánime entre los Delegados el que algo debiera hacerse á este respecto. Pero después se me ocurrió que entre las muchas dificultades que presentaría el proyecto del señor de Mendonça, sería una la de la elección del modelo adecuado; sin contar con que desde el momento en que todas las naciones aquí representadas tuvieran que contribuir á la obra proyectada, es seguro que surgirían discusiones y dilaciones que al fin darían por resultado el que nada se hiciese.

“ Con este temor, y pensando en que la obra conmemorativa ha de ser, á la vez que de indiscutible utilidad, una que tenga unidad en el conjunto y que sea de tal naturaleza, que todos los Gobiernos puedan contribuir á ella separada é independientemente, se me ocurrió que el único plan que podría corresponder á todas estas exigencias, sería el del establecimiento en Washington de una Biblioteca Latino-Americana, para cuya formación cada Gobierno enviaría por su propia cuenta la colección más completa posible de obras históricas, geográficas y literarias, leyes, informes oficiales, estadísticas, mapas, periódicos, etc. etc. etc.; de suerte que todo el resultado de la labor intelectual y científica de nuestra América viniera así á reunirse y condensarse aquí como en un solo y luminoso foco.

“Sería aquél un monumento más noble y duradero que cualquiera otro levantado en bronce ó mármol. Tendría él, además, la ventaja de que redundaría directamente en nuestro honor, haciendo conocer las Repúblicas Americanas por su aspecto más glorioso; y sería, sin duda, muy grato para el Gobierno y pueblo de los Estados Unidos el poseer una Biblioteca como la que propongo, que sería única en el mundo. Ella se iría enriqueciendo y completando de día en día, puesto que los Gobiernos tendrían cuidado de remitir toda obra nueva que se publicase en sus respectivos países, hasta que al fin llegaría á ser una colección tan completa y variada, que todo el que deseara hacer un estudio cualquiera relativo á América, tendría que venir á Washington, como á única fuente de información. De Europa mismo acudirían aquí los eruditos y aficionados á estudiar nuestros países. Estamos, por otra parte, tan desligados unos de otros en esta nuestra América, hay tantas dificultades para la recíproca comunicación, que puede decirse con toda verdad que no nos conocemos. Es, por ejemplo, casi imposible en Bogotá conseguir un libro publicado en la República Argentina, y creo que lo propio sucede allá respecto de las publicaciones de Bogotá. Supongamos que una persona acometiera la preparación de una historia general de América: ¿cómo reunir los datos completos y correctos que el caso exigiría? Para procurárselos tendría que recorrer país por país, gastando ingente cantidad de dinero y de tiempo, con las incomodidades y peligros consiguientes. Todos esos inconvenientes desaparecerían con la Biblioteca que propongo; á esta culta capital, que tan propicia es para los trabajos intelectuales, acudirían cuantos necesitasen datos é informes sobre nuestra América.

“De esta Biblioteca se publicarían catálogos que se distribuirían por todas las naciones de Europa y América, y que figurarían en todas las Bibliotecas del mundo, de suerte que muy fácil sería saber, para cualquiera investigación particular, lo que la Biblioteca encerrara. Ella sería también, como copioso archivo, de grande utilidad para las Legaciones permanentes Hispano-Americanas acreditadas en Washington. Mis honorables colegas habrán tenido ocasión de notar la insuperable dificultad que se nos ha presentado cada vez que, en el curso de nuestras labores, hemos tenido que solicitar un dato, un mapa ó un libro sobre nuestros respectivos países.

“También sería de valor inestimable para el Gobierno y pueblo de los Estados la propuesta Biblioteca, ahora que tan vivo interés se ha despertado aquí por conocer nuestra Historia, nuestra Literatura, nuestra Geografía, nuestro comercio, nuestras minas y nuestros recursos.

“Si mi proyecto fuera aprobado por la Conferencia, desearía proponer, además, que cada Gobierno enviase su respectivo lote de libros en tiempo oportuno para que la Biblioteca pudiese inaugurarse solemnemente el día en que el Gobierno de los Estados Unidos celebre el cuarto aniversario del descubrimiento de América.”

Cordialmente aplaudo y hago míos todos los conceptos del honorable Delegado de Colombia sobre la conveniencia é importancia del monumento propuesto, y abrigo la plena confianza de que los sentimientos por él expresados y que han sido acogidos por todos sus colegas, serán debidamente correspondidos por el pueblo de los Estados Unidos.

Para recibir y guardar la propuesta colección, será necesario preparar un edificio adecuado en un sitio bien escogido. Allí podría colocarse también la oficina de informes comerciales de que atrás he hablado, y prepararse, además, un salón para la reunión de Congresos ó Conferencias internacionales,

como las dos que acaban de ponerse en receso. Respetuosamente sugiero que se solicite del Congreso la autorización para comprar ó construir un edificio de las dimensiones y plano convenientes para los indicados objetos, cuyo costo no exceda de doscientos cincuenta mil dollars.

Respetuosamente adicto,

JAMES G. BLAINE.

HASTA SU ALTURA

(Á GUILLERMO DURANA)

Hace pocas semanas nos despedíamos tú y yo de nuestro viejo y buen amigo L...., que partía para Europa. La amistad de los tres principió cuando estudiábamos literatura, hace yá de esto más de doce años; y nosotros dos habíamos sido los confidentes de la historia de nuestro condiscípulo.

Al darle el abrazo de despedida en *Los Manzanos*, tú le preguntaste:

—¿Quedamos autorizados para escribir la relación de lo que tú exageradamente llamas tu infortunio?

—Nó—fue su respuesta—ustedes, por el cariño que me tienen, darían en ella demasiada importancia á mi persona, cuando lo único que debe destacarse es el tipo de *la contraparte*, como alguno de ustedes diría, añadió dirigiéndose á mí.

—Entonces.... no veo el modo, replicaste.

—Muy sencillo. Ustedes publicarán lo que Elvira les entregue. Ella conoce esa historia mejor que ustedes.

—Es la verdad, le contestamos.

Se cruzaron las frases de ordenanza, y L.... tomó su cabalgadura y desapareció pronto de nuestra vista.

Días más tarde, una lluviosa mañana de Junio último, pasaba yo por la cuadra en que vive el General ***, padre de Elvira, la prima de L...., y encontré en el portón y en arreos de viaje al General.

Cerca de allí se encontraba un coche listo para marchar.

—¿Muy lejos va usted, General? le dije.

—No mucho: voy con Elvira á una excursión por el valle de Tenza.

En ese momento apareció la arrogante Elvira, y cruzadas que fueron las frases de atención, la ayudé, como era de cortesía, á ocupar su asiento.

—Los amigos olvidadizos de L . . . , me dijo sonriendo, recibirán pronto letras mías.

Recordé entonces la escena de *Los Manzanos*.

—L . . . me ha exigido, agregó, en carta de Honda, que escriba ese incidente de su vida y lo entregue á ustedes. Tengo apenas principiado el trabajo, pero como no es muy largo, lo concluiré en Guateque.

El General, que sabe muy bien cuánto has fomentado tú las aficiones literarias de su hija, no pudo menos de decir:

—Entre su amigo de usted y mi sobrino van á convertir á mi hija en novelista de tres al cuarto.

Protesté en tu nombre y en el de L

—Es apenas el cumplimiento de una promesa sagrada, concluyó Elvira.

Nos despedimos y partieron.

Por el último correo del Norte, y con el timbre de Guateque, recibí una carta con esta dirección: *Señores Alejandro Pizarro y Guillermo Durana*. Con el orden de colocación de los nombres quiso Elvira desvanecer sin duda las sospechas fundadas que tiene el General de que tu admiración por su hija es mucho más entusiasta que la mía.

Roto el s6bre, vi que en varios plieguecillos de papel satinado, coquetamente unidos con cinta blanca de seda, corría la varonil letra de Elvira. Entonces leí lo que vas á leer.

A. P.

“Tenía yo doce años cuando la conocí en 1880. Ella y yo habíamos nacido en el mismo mes en 1868. Respondía al nombre de Isabel. Su madre, una hermosísima y santa mujer, había muerto al dar la vida á su hija, dejando á María Josefa, cuatro años mayor que Isabel, y á la tierna recién nacida. Recogidas

las huérfanas por una tía suya, á su lado vivieron ambas hasta 1877, año en que su padre, hombre político muy importante, trajo á educarse en Bogotá á la mayor de sus hijas. Isabel permaneció al lado de su tía.

Después de tres años de colegio, María regresó á Tunja, su ciudad natal, y su padre trajo al mismo establecimiento á Isabel. Pocas semanas antes de tal viaje, cuando el Doctor H.... había venido por María á Bogotá, Isabel despertó sobresaltada con los roncós quejidos que daba su tía: dormían ambas en una misma alcoba; la niña llamó suavemente á la que había sido para ella segunda madre, pero fue vano su llamamiento. Con aplomo y sangre fría superiores á su edad, Isabel se incorporó en la cama, arrojó las mantas que la abrigan y, levantándose rápidamente, abrió las maderas de los balcones, sin lograr disipar las tinieblas; buscó en la mesa de noche de su tía la cajetilla de los fósforos y encendió la vela. Su tía agonizaba de un violento y repentino ataque al corazón. Los ojos amortecidos de la tía se clavaron en la niña con desesperación infinita. Su mano derecha pretendió en vano desatar en su cuello las cintas que aseguraban su camisa de dormir, y su mano izquierda, apoderándose de una de las de Isabel, humedeció la de ésta en el frío sudor que empapaba aquéllas. Isabel permaneció clavada al pie del lecho; quiso separarse para llamar á la servidumbre, y le pareció que de sus plantas habían brotado repentinamente raíces que con firmeza y pesadez de plomo las adherían al suelo. Quiso gritar, y su garganta, oprimida por imaginario pero fortísimo nudo, se negó á dar paso á ningún sonido. La angustia y la suprema palidez del semblante de la moribunda se hicieron extensivos al rostro de la niña, y durante media hora fue ésta el reflejo de la agonizante. La vela, que estaba próxima á su conclusión, empezó á declinar con tenaz chisporroteo. De los ojos de la tía se desprendió la lágrima postrera y su cuerpo quedó tranquilo; pero sus ojos permanecieron abiertos y con la pupila espantosamente dilatada; la mano que Isabel oprimía con ansiedad entre las suyas, fue separándose poco á poco, porque en las convulsiones del estertor el brazo se había aproximado al cuerpo.

Isabel no había visto morir á nadie. Esa muerte, en la

soledad y el silencio de la noche, ocurrida de repente y tan sólo en presencia de la niña, había de influir poderosamente como primer inolvidable espectáculo en el curso de su vida.

* * *

La luna de una espléndida noche de verano salió pocos momentos después de la muerte, y vino á reemplazar la luz artificial que estaba á punto de agotarse: sus límpidos rayos alumbraron la alcoba. Las flores rojas de su papel de fondo gris semejaron lluvia alegre de religiosa festividad; el sofá, forrado en verde *reps*; la mesita del tocador con sus brillantes frascos y la porcelana de su ajuar; las camas y las mesas de noche; los cuadros que en la cabecera de aquéllas colgaban de las paredes, y un crucifijo de marfil que enfrentaba al rostro de la muerta, fueron profusamente iluminados por la luna llena, que dibujó también en la pared la rígida silueta de la tía Rosario.

Los ojos de la niña se fijaron en el crucifijo é imploró piedad. Sus nervios fueron distendiéndose paulatinamente; sus manos no alcanzaron á tomar la baranda de la cama, y deslizándose por el angosto borde de la mesa de noche, hicieron que Isabel rodase con ésta, y ambas cayesen pesadamente en el suelo, abriéndose el cráneo la niña con una de las extremidades de la mesa. La sangre corrió tibia de la herida, y la pobre criatura se desmayó.

La luna se alzaba en el profundo azul y continuaba proyectando su claridad por los dos amplios balcones de la alcoba, y el tenue hilo de sangre brotaba lentamente de entre la cabellera castaño-oscura de Isabel. Mientras tanto, cerca de la casa, un enamorado trovador tunjano entonaba, al són de la banda, alegre serenata que iba á acariciar los oídos de su amada, bella vecina de la tía Rosario, que vivía en la casa de enfrente. La regocijada entonación del amor correspondido y las coplas de ardiente ternura vibraban, junto con las notas de la música, por la calle iluminada. El cuchicheo de la conversación en voz baja se percibía á intervalos; el licor se escanciaba en copas llevadas á prevención, y el choque argentino de éstas, el sonido del canto de amor y de la alegre música se extendían por la estancia en que estaban la niña herida y desamparada y la muerta. ¡Tales son los contrastes de la vida!

* * *

Dos días después, el Doctor H.... llegaba á Tunja con María Josefa. Las dos hermanas se abrazaron llorando y los besos de su padre cubrieron la pura frente de Isabel.

María era una hermosa rubia de diez y seis años, heredera de la espléndida belleza de su difunta madre. Sus cabellos ensortijados eran del color *de la paja de trigo calcinada* y caían en abundante lluvia sobre su blanca frente. Sus ojos pardos, húmedos, inmensos y expresivos, revelaban el candor de su alma y estaban con primor encerrados en el marco de sus pestañas, algo más oscuras que su pelo. Sus mejillas, frescas y aterciopeladas, y su boca encantadora, su mórbida garganta y su elegante porte llamaban la atención sobre ella. Quizás se le habría podido motejar de demasiado viril en su belleza, por su altísima talla y sus pies y manos que no pecaban de pequeños; pero la dulzura de su mirada y el timbre aún más suave de su voz, se sobreponían á cualquiera prevención desfavorable que su arrogante belleza pudiera inspirar á primera vista. Educada cuidadosamente, se ha hecho notar por la afabilidad de su trato y la bondad inalterable de su carácter.

Pocas semanas después, y llegado el mes de Enero de 1880, el Doctor H.... tornó á Bogotá, trayendo á Isabel al mismo colegio en que se había educado su hermana mayor, según lo llevamos dicho. La herida material estaba cicatrizada; la herida moral de aquella noche de dolor supremo no se borraría nunca.

El primer día de mi entrada al colegio no pude menos de acercarme á la huraña tunjanita. Su aire triste y su traje de riguroso luto me conmovieron, y le pregunté con desenfado por quién llevaba luto. Me refirió su historia, y esto me unió más á ella. Un mes después era reputada en el colegio como la alumna más inteligente de él, fama que había estado muy lejos de dejar la dulce y encantadora María Josefa.

Su rapidez de comprensión era maravillosa. Cuando en la clase de Castellano llegámos á la sintaxis, D. Diego R. de Guzmán se declaró pasmado. Le exigía á Isabel que cambiase los ejemplos del texto, y ésta lo efectuaba sin imitarlos servilmente, como lo hacíamos las demás, y con facilidad admirable. En la clase de Geografía su memoria era desesperante. El nombre inglés ó alemán más largo y de difícil pronunciación,

quedaba en su memoria de una vez para siempre: era de oírse en aquella boca de doce años brotar nombres como los de las cordilleras de Bohemia y los de los condados de Escocia.

Las Superiores del colegio la adoraban; era la predilecta de los catedráticos, y sus amigas la considerábamos la flor y nata del establecimiento; pero sus amigas éramos bien pocas. Y ese número fue disminuyéndose á proporción que pasaban los años en que juntas estuvimos en el colegio. Intransigente con la menor superficialidad, abrigaba profundo desprecio por todo lo que fuera trapos y cintajos, de lo que tanto nos preocupamos la mayor parte de las mujeres. Su padre era hombre de comodidades, y por herencia de su madre correspondían á Isabel cosa de diez mil pesos, que aquél administraba con gran provecho. Con todo, nunca le vi la menor ostentación, hallándose en plena adolescencia. Dos ó tres pares de aretes, número igual de *prendedores*, ningún anillo, trajes y saya sencillísimos, aun cuando de magníficas telas: eso era todo. Su único lujo consistía en su calzado, siempre correcto pero serio. Las medias de colores chillones y los zapatos bajos le causaban horror; y eso que tiene los pies más pequeños que he conocido.

Al salir del colegio en Diciembre de 1883, era en muchas cosas, en casi todo, el vivo contraste de su hermana: más bien pequeña que alta, con cabellera oscura y lisa pero abundante, ojos verdes oscuros que se oscurecen más aún á la menor emoción, su cuerpo no brilla por su elegancia. Los favores de la naturaleza se han limitado á sus pies admirables, sus manos de duquesa, su boca pequeñísima y sonrosada y su barba de albérchigo. Isabel es morena, y sus mejillas están cubiertas de pecas. Sobre su labio superior, hacia la izquierda, se destacan dos pequeños y adorables lunares azules. Al verla, su mirada dura é inflexible y la naricilla irregular y remangada le dan un aire marcadamente orgulloso y burlón. Al tratarla superficialmente, esta circunstancia, unida á su fama de ser muchacha rica, hija de un hombre político muy considerado y de poseer una inteligencia de primer orden, hace que se la juzgue mal y se la crea llena de orgullo. A esto contribuye también su sonrisa; porque Isabel tiene dos especies de sonrisas: una terriblemente burlona con que oye con aire distraído las

impertinencias y las necesidades que le dicen, y otra que jamás han visto los indiferentes, otra que ella reserva para los seres caros á su corazón, sonrisa impregnada de benevolencia y en que chispean juntamente la ternura, el talento y la gracia inofensiva. Más de una vez he recostado en su seno mi cabeza dolorida dejando desbordar el raudal de mis tristezas, y al levantarla he visto sus ojos verde-mar cubiertos con un velo de lágrimas, á la vez que cariñosísima sonrisa pliega sus labios sonrosados y tersos como el raso, y deja entrever sus dientecillos blancos é iguales, que, ligeramente separados, se engastan en sus frescas encías.

Aficionadísima á la lectura, su erudición literaria no tiene rival entre las mujeres que conozco. No se crea por ello que pertenece á la categoría de las impenitentes lectoras de novelas; nada de eso: ha leído las novelas históricas de Dumas, padre, *Nuestra Señora de París* y *Los Miserables*; conoce á Alfonso Daudet y Jorge Ohnet; pero nada más. Prefiere entre todos los novelistas á Gaboriau, y asegura que *Los Miserables* no valen lo que cualquiera de los grandes dramas de Hugo: *Ruy Blas*, *Hernani*, *Le roi s'amuse* ó *Marion Delorme*. Devora los libros de viaje, desde los de Chateaubriand y Lamartine hasta los de Edmundo de Amicis. Las causas célebres la atraen de irresistible manera.

Para juzgar á los poetas tiene el criterio más original que pueda darse: dice que Grilo posee inspiración de invernadero, artificial y olorosa á polvos de arroz; se extasía con Núñez de Arce y con José Velarde; declara dogmáticamente que Clarín no tiene razón en sus diatribas contra Emilio Ferrari y Manuel del Palacio; afirma que Zorrilla es inmortal, porque en literatura lo bello no muere nunca; adora á Espronceda, Bello y Peza; no puede sufrir á Abigaíl Lozano ni á la cáfila empalagosa de nuestros granadinos románticos; para ella Becquer y Manuel Acuña son semidioses; se deleita con Gutiérrez Nájera, Manuel María Flórez; lee á Carducci y á Sully-Proudhomme en sus idiomas, y se perece por las buenas traducciones de Byron y Longfellow.

* * *

En 1884 contrajo María Josefa matrimonio con un joven comerciante que había llevado á Tunja un negocio de mercan-

cías; y vinieron á establecerse en Bogotá. Al hogar de su hermana fue á vivir en 1885 Isabel, al salir del colegio. La casa del esposo de María está situada á dos cuabras de distancia de la nuéstra, y con tal motivo se facilitó para mí el disfrutar de la amena compañía de Isabel, á quien buscaba por las tardes si á las cinco no había parecido por casa.

Lucas, primo mío, estudiante de último año de Medicina, tuvo ocasión de tratarla en sus visitas á casa. Sus corazones se sintieron recíprocamente atraídos y principió un encantador idilio. A fines del año, un día, en mi presencia, Lucas manifestó el deseo que tenía de ir, un mes después y presentado yá su grado, á establecerse al Sur del Tolima, teatro que juzgaba muy á propósito para empezar á ejercer su profesión.

—¿Y se irá usted solo? pregunté sonriendo y mirando á Isabel.

Esta se ruborizó inmensamente y Lucas replicó turbado:

—Solo, Elvira.

—¿Y cuándo será el regreso? inquirí.

—Yo mismo no lo sé.

Miré á Isabel y comprendí la angustia que torturaba su corazón.

—Vamos, insistí; ¿cómo puedo creer, Lucas, que el afecto de usted por Isabel fuera un puro pasatiempo?

—No lo ha sido; será, Elvira, el grande amor de mi vida; pero es tiempo de despertar del dulce sueño y comprender que yo haría muy mal en adquirir con Isabel un compromiso que no sé si podría cumplir.

—¿Y por qué no?

—Porque mi porvenir es muy oscuro: soy un triste aventurero de la suerte y de la ciencia, y una persona como Isabel merece otro destino.

—Ninguno mejor que al lado de usted, interrumpió Isabel con voz impregnada de sollozos.

—Gracias. Nuestra situación social y pecuniaria es muy distinta: yo soy muy pobre....

—No diga usted una palabra más, interrumpió nuevamente Isabel con grande energía. Cuando lo amé, yo no le pregunté si bajaba de las estrellas ni si tenía bienes de fortuna.

—Así fue, observó Lucas. Pero yá debemos tratar en se-

rio los graves problemas de la vida. Yo no puedo, á lo menos durante muchos años, proporcionar á Isabel las comodidades que ella merece y á que está acostumbrada.

—Al lado de usted, expuso Isabel, los más duros trabajos de la vida serían dulces. Por otra parte, usted sabe que fuera de la herencia de mi madre yo podría obtener de mi padre la cantidad que fuera necesaria. Pero no crea usted, exclamó en un soberano arranque de orgullo, que digo esto porque crea en la sinceridad de sus excusas. Le demuestro tan sólo lo fútil que ellas son y que la verdadera causa es ocultada por usted.

—¿Y cuál es ella? preguntó Lucas.

—La de que el afecto de usted no ha estado ni está á la altura del mío.

—Nó, Isabel; es que yo no puedo pasar por la humillación de aceptar sus favores y casarme confiado en lo que usted posee.

—Un hombre como usted, dentro de cinco años será un gran médico y no tendrá que preocuparse con el porvenir. Somos muy jóvenes: yo no he cumplido diez y ocho años; usted apenas tiene veintitrés. ¿Quiere que aplacemos esto por el tiempo que le indico?

—Usted se casará mientras tanto.

—Me explico las manifestaciones de su afecto, porque bien se ve que usted no me conoce, replicó irónicamente Isabel.

El debate iba siendo enojoso. Lucas, triste y orgullosamente frío, llevaba formada su inquebrantable resolución. Isabel, herida en su orgullo, sostenía la discusión, que la humillaba, luchando por no dejar desvanecer la primera ilusión de su vida. Pero dados los caracteres, el rayo tenía que estallar y estalló. Isabel estaba pálida y temblorosa, sus ojos humedecidos y la amarga contracción de su boca acusaban los dolores que su alma sufría.

—*Hoy por hoy*, recalcó Lucas, yo estoy muy abajo y usted está muy arriba.

Isabel y yo comprendimos que sería inútil insistir. Exasperada con el desdén de su amado, ella fulminó estas palabras sangrientas:

—Aun cuando eso fuera cierto, no sería el primer ejemplo de una mujer que elevase á un hombre hasta su altura.

Los amantes quedaban así convertidos en adversarios implacables.

Lucas, indignado y con la desesperación en el alma, replicó:

—Tampoco sería el primer ejemplo de un hombre que no se dejase elevar por una mujer *hasta su altura*.

Isabel se levantó majestuosa como una reina, aun cuando tenía los ojos nublados por las lágrimas, y apresuradamente salió haciendo una fría ceremonia y se encerró en mi cuarto.

Quise restablecer el lazo tan cruelmente cortado, pero me fue imposible.

* * *

Un mes después, Lucas presentaba un grado lucidísimo, del cual hablaron todos los periódicos de la capital. Al día siguiente partió para el Tolima.

Hace un año casó Isabel con un rico propietario del valle de Tenza y se fue de Bogotá, para no volver quizá en mucho tiempo. Me había prohibido, en nombre de nuestra antigua amistad, que le nombrase siquiera á Lucas.

¿Ama Isabel á su marido? preguntará el lector. Yo no podré decirlo: es con él la criatura más amable, más fina, más insinuante, más complaciente. El y toda su familia la adoran; pero hay siempre una sombra de tristeza en la altiva frente de Isabel, un aire de languidez en su cuerpo; y sus ojos se llenan inmotivadamente de lágrimas que oculta á todos, menos á mí.

Hace un mes que llegó Lucas á preparar su viaje á Europa. Vino á visitarnos y le di alguna broma sobre las tolimenses.

—Después de tratar á Isabel, me dijo con amargura, ninguna mujer puede impresionarme, por mucho que valga. Llevo en el alma el recuerdo de esa mujer como incurable herida. ¿Qué especie de hombre es su marido?

—Muy inferior á ella; pero es persona llena de prendas.

—En mujeres tan satánicamente orgullosas como Isabel, la felicidad consiste en casarse con hombres á quienes puedan dominar. ¿Y ella lo estima?

—Sí, mucho, respondí sin vacilar.

Lucas calló. Cuatro días después de este diálogo partió mi primo, y pasadas varias semanas, salía yo con mi padre en dirección á Guateque con el fin de apadrinar al primogénito de Isabel. Encontré en el ahijado el vivo retrato de su madre, con sus ojos verdes y su gestecillo de soberano desprecio.

—¿Cómo le ponemos? pregunté.

El honrado y franco campesino mi compadre, se apresuró á responderme:

—Yo quería ponerle Antonio, el nombre de mi padre; pero por complacer á misteriosos caprichos que por primera vez se le ocurren á Isabelita, he convenido en que le pongan el nombre de Lucas.

Bajo las sombras de las cortinas del lecho sentí mis manos humedecidas con las lágrimas de Isabel, y sus labios tibios y temblorosos sellaron mis mejillas.—*Elvira.*”

ALEJANDRO PIZARRO.

A LA LIQUIDACION DEL OXIGENO

EFECTUADA DEFINITIVAMENTE EL 9 DE ABRIL DE 1883 POR LOS FÍSICOS RUSOS

WROBLEWSKI Y OLSZEWSKI

En la red atrevida de la ciencia
Prendiste al fin las burladoras alas,
Y en vano el muro de tu celda escalas,
Novicio en la quietud y la obediencia.

Si Priestley * fue el Colón de tu existencia
Y Lavoisier el Murillo de tus galas,
Hoy, del Escita prisionero, exhalas
Ayes por tu perdida independencia.

Familiar del abismo, en su profundo
Azul — retozador te precipitas,
Y aquí ni aun das tu verdadero nombre;

¡Pues cállate, alma incógnita del mundo!
Y abra el hombre ese pecho en que palpitas,
Que ¡Dios sólo! es misterio para el hombre.

RAFAEL M. MERCHÁN.

(1883).

* *Priestley, Lavoisier.*—A los que no lo sepan, se les advierte que la pronunciación de estos dos apellidos es, aproximadamente: *Prist-le, Lavuasié.*

LOS CHICOS DEL BARRIO

Cuando sale de casa
 Mi dulce dueño,
 Los chiquillos del barrio
 La van siguiendo,
 Y ella se vuelve,
 Y á los más pequeñitos
 Besa en la frente.
 Las mujeres exclaman:
 “¡Bendita seas!”
 Y los ancianos dicen:
 “Dios te proteja!”
 Yo, suspirando,
 Digo: “¡quién se volviera
 Chico del barrio!”

CONSTANTINO GIL
 (Español).

 PAGINAS BLANCAS

Al señor D. Isidoro Laverde Amaya.

Hace mucho tiempo, querido Isidoro, que tengo la costumbre, no sé si buena ó mala, de escribir algunos renglones en las páginas blancas que, como resguardo ó defensa, dejan los encuadernadores al principio de los libros. Esos pocos renglones no son otra cosa sino la impresión personal, concreta, que en mi ánimo deja la lectura de cada volumen que viene á mis manos. Que en esto hay atrevimiento de mi parte, nadie podrá dudarlo; pero como yo tengo entre mis numerosos defectos una cualidad natural que me valió el elevado favor de que mi respetable é ilustrado amigo el señor D. Eustaquio Palacios me comparase en una ocasión dada al malogrado cuanto espiritual y simpático Adriano Páez, y ella consiste en que, al revés de lo que á otros sucede, por mi parte procuro ver tan

sólo en las obras del ingenio del prójimo la faz luminosa, el aspecto recomendable,—yá podrá suponer usted que mis conceptos no son otra cosa sino el breve pero sincero homenaje de admiración y respeto tributado al mérito de escritores eminentes, que han traído á mi alma el benéfico rocío del consuelo, tan precioso para los que, como yo, han perdido toda esperanza en la dicha.

Hoy, que usted ha tenido la fineza de invitarme para que colabore en la REVISTA LITERARIA que acaba de fundar, deseoso de complacerlo y á título de curiosidad de carácter íntimo y como tributo de reconocimiento rendido á los autores de las obras que me he atrevido á profanar con mis insulsos juicios, copio y le remito para su publicación algunos de esos renglones, escritos la mayor parte de las veces para ser leídos únicamente por mis tiernos hijos, á quienes están dirigidos. Hélos aquí:

* * *

En los *Escritos escogidos de José Caicedo Rojas* :

“ Cuando leo un libro como el presente, quisiera poseer las dotes propias de un verdadero crítico, para emitir concepto acertado acerca de las grandes y valiosas condiciones que lo caracterizan; concepto que satisficiera las exigencias de la crítica inteligente y las aspiraciones de mi corazón. Amenidad, dulzura y sencillez son las principales cualidades que descubro en los escritos del eximio literato señor Caicedo Rojas. No hay una sola de las páginas que ha producido su fecunda imaginación, que no aparezca iluminada vigorosamente por la luz de la belleza moral, al propio tiempo que adornada con todas las galas de una dicción florida y correcta, sobre todo amena, muy amena. Pudiera compararse el estilo de este simpático narrador de recuerdos históricos al del nunca bien ponderado Alejandro Dumas, del cual dice Emilio Castelar que está por verse el caso de que haya fastidiado á alguien; pues una vez que se empieza á leer un escrito suyo (particularmente los *Apuntes de Ranchería*), hay que seguir hasta el fin, y esto aunque no se coma ni se duerma. Con su lenguaje sabroso y nutritivo encanta nuestra mente y consigue enseñarnos cosas que ignorábamos, ó nos hace pensar con intensidad en asuntos interesantes que nunca habían preocupado nuestro razonamiento. Así pues, el señor Caicedo Rojas no es sólo un escritor distinguido, sino también un escritor útil, y, además de esto, ameno y sabroso. Quiera Dios conservar por luengos años en la mano de este hombre respetable la pluma de oro con que ha deleitado á dos generaciones!” (1884).

* * *

En el *Museo de Cuadros de Costumbres*, publicado en 1867 por el malogrado señor D. José María Vergara y V.:

“ Esta importantísima colección pudiera llamarse con sobrada justicia *Tesoro de Autores granadinos*, pues contiene en sus selectas páginas lo más escogido, ameno é interesante de cuanto produjo nuestro país, rico en letrados y hombres de ingenio, en el largo lapso de tiempo comprendido de 1845 á 1866, excluyendo, eso sí, algunos escritos de extenso plan y

aliento levantado que, para sus dimensiones, no podían tener cabida en ellas, como *El Doctor Themis*, de D. José María Angel Gaitán, benemérito escritor bogotano, que murió joven aún; las excelentes novelas históricas del más ilustrado de nuestros novelistas, D. Felipe Pérez, y otras. Nada se encuentra en este libro que no sea muy bueno, pues habiendo presidido en la elección de los materiales que lo forman, el más discreto criterio, puede decirse que no se ven en él sino piedras preciosas de gran valor y oro de elevados quilates. A una doctrina moralizadora, basada por lo general en los principios de la más sana higiene social, unen estos *Cuadros* un gran interés por la fidelidad exquisita en la pintura de las costumbres; hermosas y exactas descripciones de la variada y espléndida naturaleza americana; argumentos originales; recuerdos históricos de gran precio; lenguaje correcto é ideas tomadas de las fuentes eternas de lo Verdadero y de lo Bello: Dios y la Naturaleza!

“El inteligente y espiritual compilador de los artículos y novelas que se leen en esta obra, señor Vergara y Vergara, de querida é imperecedera memoria entre los que amamos todo lo que ennoblece al hombre y engrandece á la Patria, prestó un gran servicio á la Literatura nacional, y es por ello merecedor de las inmarcesibles coronas con que la gratitud del pueblo colombiano honra su recuerdo.”

* * *

En *Manuela*, de D. Eugenio Díaz:

“Al terminar la lectura de *Manuela* queda en el espíritu una melancolía profunda, y á más no poder, protestamos contra el trágico desenlace de aquel drama terrible, que tiene como escenario las majestuosas selvas de nuestros climas cálidos y los caseríos pintorescos que, á manera de villorios de *pesebre*, adornan las quiebras y arrugas de la cordillera Oriental. Pero, ¿en dónde estaría la enseñanza que el autor se propuso deducir como moralidad de su admirable creación, si las cosas no hubieran sido conducidas á ese doloroso pero imprescindible epílogo?... La Filosofía del Arte tiene exigencias de esa naturaleza, y ante ellas encallan las protestas del sentimiento. *María*, casándose con *Efraín* y convertida con el correr de los años en robusta matrona caucana y respetable madre de numerosa progenie, habría dado al traste con el inmortal libro de Isaacs. Si el ingenioso invento del sabanero espiritual no hubiera terminado con la muerte desastrosa de *Manuela*, protagonista principal de aquel drama vigoroso, digno de la mente de Alfonso Daudet ó de la pluma inimitable de Pedro Lotti, mas de un lector habría bostezado al llegar á la página final, y quizás habría exclamado: ‘¡Qué simpleza!’ Mientras que con el desenlace ideado por el señor Díaz, sucede todo lo contrario: *Manuela* obtiene un verdadero éxito de emoción y de lágrimas, ‘el más durable de todos los éxitos,’ según la expresión de Julio Claretie; y es con el corazón oprimido por el sentimiento y los ojos inundados en llanto, como se cierra el simpático libro al llegar á las líneas sublimes que lo finalizan....

“¡Válgame Dios! Causa tristeza el pensar en que el benemérito anciano, autor de esta novela modelo; hombre de tan maravilloso ingenio, que escribía casi por intuición, puede decirse; ocasiona tristeza, repito, el meditar en que después de producir un libro de tal valía, D. Eugenio murió casi en la miseria! En Europa, particularmente en Francia, una obra tan original y tan notable como *Manuela*, habría producido á su autor treinta ó cuarenta mil pesos, y habría llegado, como las novelas de Emilio Zola, Jorge Ohnet y Gustavo Flaubert, á los ciento cincuenta ó doscientos mil ejemplares, por lo menos. Aquí, *Manuela* no produjo un centavo al señor Díaz, y la primera edición de Bogotá no llegó á ochocientos ejemplares; pero sí le produjo.... grato es confesarlo, la admiración de todos los amantes del arte literario, la simpatía de todos los que tienen corazón y el cariño vehemente de unos pocos pero leales amigos.... ¡Bien compensa esto lo primero; pero tampoco habría hecho daño algún dinerillo....!

“¡Cuánta belleza hay en este libro admirable! El argumento, absolutamente original, es de lo mejor ideado en obras de su clase; de lo más verídico y exacto como copia de sitios y de costumbres, y de lo más interesante y ameno como *trama*. La primera página de *Manuela* fue elogiada con calor por Julio Arboleda, y Caro, el joven, la ha cantado. ¡Qué más gloria! Los cuadros en que describe la naturaleza de la *tierra caliente* cundinamarca, son inimitables *acuarelas*, que habría firmado Madama Luisa Abbemma, cuando no fotografías de un realismo desesperante, animadas en todo caso por el colorido vigoroso y firme de la verdad, ese colorido que no se encuentra sino en muy pocos de nuestros escritores descriptivos, Isaacs, por ejemplo. El lenguaje sencillo, llano, no siempre correcto pero natural, expansivo y libre de toda pretensión de escuela, abunda en imágenes de buena ley y en giros y pensamientos, bellos los unos como todo lo que es original y espontáneo, dignificados los otros por la verdad y calcados en la salvadora doctrina del Evangelio.... Algo de esto y mucho más es *Manuela*.

“Leed, hijos queridos, esta hermosa producción del ingenio de un colombiano ilustre, que pasó por el mundo sin causar el más leve dolor á nadie, y dejó en él la huella luminosa de su poético y sensible espíritu.”

*
* *

En los *Artículos escogidos de Emiro Kastos* :

“Como muy bien lo dijo el señor José María Samper en una ocasión solemne, ‘el día en que se haga el balance de la Literatura colombiana, ni una sola línea de *Emiro Kastos* dejará de figurar en el Haber.’ Elegancia, erudición y originalidad son los caracteres dominantes de los escritos de este incisivo é inteligente prosador. Nada de contemporizaciones y lucha franca, abierta y valerosa con todo aquello que no se aviene con las exigencias de su manera de ver ni con las tendencias naturalmente opositoras de su espíritu. En la mano de *Emiro Kastos* la pluma es espada de combate ó escalpelo de cirujano; y la acción de escribir es para él, ó duelo, ú operación anatómica. Pero al lado de esto, qué corte de estilo tan acentuado y característico; qué expresión tan levantada y nueva; qué visión tan poderosa para abrazarlo todo de una ojeada y describirlo luégo con cuatro frases de insólita elegancia!.... ¿Por qué dejó tan prematuramente la arena intelectual este lidiador insigne, que tantas glorias habría podido procurar aún á la Literatura patria?.... ¡Jamás ha dado la razón de su silencio: respetémoslo!

“Causa lástima oír decir á algunos insensatos, incapaces de descubrir el mérito de un trabajo literario, ó, por lo menos, de confesarlo; causa lástima, repito, oír decir á esos tales, que *Emiro Kastos* es un plagiador de Larra.... Hay personas tan desgraciadas, que cuando en su feroz envidia por el mérito de otro, no encuentran otra cosa que decir, insinúan por todas partes que aquel á quien detestan por su mérito es un famoso plagiario. Estos infelices se imaginan que los demás carecemos de criterio para poder apreciar los trabajos ajenos, y se erigen en jueces de un tribunal inapelable ante cuyos fallos supremos hay que rendir la cerviz. Lejos de ser un plagiario, *Emiro Kastos* se distingue precisamente por su gran originalidad, como que constituye un *tipo* en nuestra Literatura, y por sus sobresalientes dotes de observador atento de las costumbres sociales, todo lo cual lo coloca en la categoría de nuestros más brillantes escritores.

“Para terminar, consignaré aquí este hecho: Viajaba á bordo de un vapor inglés, de Douvres á Calais, en compañía de un inteligente é ilustrado joven peruano, tan enamorado de las cosas de su país natal, que para él, después del cielo, Lima; y eso, agregaba como el indio quiteño, aunque variando los términos, en el cielo una ventanita para ver á Lima. Como la travesía del canal de la Mancha es muy penosa para las personas sujetas al mareo, yo, comprendido en tan infeliz categoría, me retiré de la cubierta y dejé en manos de mi amigo, á quien no atacaba aquel accidente terrible, el volumen de los *Escritos escogidos de Emiro Kastos*, que

por acaso llevaba en mi maleta de viaje. El pasajero peruano tuvo tiempo de leer gran parte del precioso libro durante la travesía; y cuando pisámos la tierra francesa, me lo devolvió con un apretón de manos muy cordial y con estas terminantes palabras, que en sus labios de peruano ensimismado valían un mundo:

‘Tome, amigo, su libro: ¡es admirable! Todo tendremos en el Perú, y delante de nosotros su patria es un pobre pueblo; pero escritores como éste, eso sí no tenemos nosotros. La Literatura de su país de usted es la más avanzada de las de los pueblos de origen español. ¡Viva *Emiro Kastos!*’

“Esto no necesita de comentarios.”

*
* *

En los *Artículos de costumbres de Ricardo Silva*:

“Suele sucedernos á las veces, cuando tomamos un libro que ha permanecido guardado mucho tiempo en el cofre de una dama elegante, que, al abrirlo, respiramos con singular delicia el ambiente perfumado que se escapa de sus páginas. El aroma de la rosa recién abierta se mezcla al del jazmín del Oriente, y las emanaciones de la ixora llegan hasta nosotros confundidas con las del heliotropio y la verbena.

“Gratas, exquisitas son las emociones que esa reunión de olores deliciosos producen en nuestro ánimo, pues, como con gran espíritu de verdad dijo la señora Duquesa de Abrantes, *los olores y la música son los más fieles conductores del recuerdo.*

“Eso mismo nos acontece siempre que hojeamos, embelesados, las encantadoras páginas de este libro simpático y atrayente. Su lectura, á semejanza de los más delicados aromas, trae á nuestra mente el recuerdo de inolvidables partidas de campo; excursiones por huertos y jardines primorosos, y, más que todo, la memoria de ese mundo elegante y culto, que vive en salones lujosos y brillantes y se divierte en reuniones animadas por el triple encanto de las hermosas, las luces y las flores; y también, preciso es decirlo, porque el fenómeno se verifica así, algo como el reflejo moribundo de la luz vespertina, en una tarde de Noviembre, cuando, conmovidos y melancólicos, aspiramos la fragancia de las flores de un cementerio....”

LUCIANO RIVERA Y GARRIDO.

EL BOSQUECILLO DEL REY

POR HEPHEL

(Puesto en castellano para la REVISTA LITERARIA).

—Dispensadme, joven: ¿podríaís indicarme el camino del Bosquecillo del Rey? preguntó un día, con acento inglés muy marcado, un caballero como de cuarenta y cinco años de edad, cuyo exterior austero y cuya pronunciación denotaban á la vez un inglés y un clérigo protestante.

La pregunta se dirigía á un joven campesino que subía á caballo la interminable cuesta por donde pasa el camino de Villepreux á Saint-Nom.

— Si lo queréis, caballero, haremos el camino juntos; un guía vale siempre más que una explicación.

El viajero llevaba larga levita negra abotonada, que dejaba ver solamente la línea blanca de un cuello postizo. Junto á él se encontraba su hija. Ambos montaban caballos de noble raza, finos y elegantes, que contrastaban de todo en todo con el pesado y vigoroso caballo normando del cultivador, que montaba en pelo, las piernas colgando, y que llevaba un largo látigo enrollado al cuello. Los tiros de cuerda de los jaeces estaban colocados en la ancha grupa del caballo, al que esperaba en una pradera vecina una carreta cargada de forraje de invierno.

Dan lentamente las ocho en la iglesia de la aldea de Villepreux; otros relojes le hacen eco; la mañana es tranquila y diáfana.

El sol, yá alto, alumbra el paisaje con luz transparente. A la derecha baja en suave pendiente hasta el fondo de la planicie la falda de una colina cuyos cultivos, de colores bien marcados, ofrecen á la vista fajas de tierra estrechas y largas, suavemente onduladas, sin cerco ni foso. Se diría que es una inmensa pieza de tela rayada la que se desarrolla ante la vista.

A la izquierda se extienden verdes praderas amenizadas con bosquecillos de árboles. Un vallado de espinas de un metro de espesor las rodea.

En el fondo del cuadro se despliega una cinta verde de anchos festones: es el bosque de Marly.

El campesino á quien el inglés acababa de acercarse no parecía tener más de veintiún años de edad, y recordaba el hermoso tipo de los segadores de Leopoldo Robert. Como ellos, era alto y bien formado; y como ellos, poseía la gracia, complemento de la fuerza; tenía el cutis tostado, los ojos de color azul-oscuro en forma de almendra, y franjeados por largas cejas, negras como su cabello; la nariz ligeramente aguileña, y el labio superior cubierto de fino bigote. Un sombrero de paja de anchas alas echado hacia atrás, chaqueta y pantalones de bocací y polainas de cuero, acababan de darle un aire agreste y de los más pintorescos.

Los tres jinetes se ponen en línea. Un pequeño *groom*, muy tieso y á caballo también, los sigue á respetuosa distan-

cia. Está encargado del caballete, de la cartera y de la caja de colores de miss Ethel.

Al mismo tiempo que cabalgan, Mr. Elsewhere interroga al cultivador respecto de la industria agrícola del país, en donde no ve una pulgada de terreno perdido.

Su hija, miss Ethel, ha sacado unos anteojos del estuche que lleva en bandolera, y procura orientarse. Un poco empinada sobre la estribera, pregunta á su turno si el edificio cuyas paredes blancas contrastan con los terraplenes de arena roja del ferrocarril, y que se encuentran á la derecha, son Marly ó Saint-Cyr. Aunque ha consultado el mapa de su *Guía*, no logra salir de la duda.

La pregunta que miss Ethel acaba de dirigir al agricultor permite á éste contemplar á sus anchas el lindo rostro de su interlocutora.

—Desde aquí, señorita, no se puede descubrir á Marly. Las grandes construcciones que veis son las de la Escuela Militar de Saint-Cyr. La entrada está rigurosamente prohibida al público, pero los alumnos maniobran á veces en la planicie.

—Esta escuela, Ethel, equivale más ó menos á nuestro Sandhurst: es el almacigo de los oficiales franceses, dijo Mr. Elsewhere. En Francia, lo mismo que en Inglaterra, la juventud aprende, como lo ha dicho San Pablo, que “la tribulación produce la paciencia, la paciencia la prueba, la prueba la esperanza.”

Durante este cambio de palabras, una gran perra, de raza Saint-Germain muy pura, comenzó á dar saltos y ladridos, y deteniéndose delante de los extranjeros, parecía decidida á defender á mordiscos el territorio de su amo. Este, visiblemente embarazado para mantenerla junto á sí, le gritaba en vano:

—¡Qué es eso!.... ¡Silencio!.... ¡Aquí!.... Pero el animal no entendía.

—¡Qué hermoso animal! dijo el inglés.

—¿Cómo se llama? preguntó la joven amazona.

—¡Mis.... tral! respondió descaradamente el campesino. Por nada en el mundo se hubiera atrevido á confesar que se llamaba *Miss*.

Una vez salvada la dificultad por medio de esta super-

chería, se esforzó, llamando á su perra, en elidir la desinencia del nuevo nombre que acababa de inventar.

Mientras conversaban llegaron á la cumbre de la larga cuesta. Desiderio, indicando una abertura practicada en la cerca, dijo:

—Aquí es donde debéis dejar vuestros caballos. Seguiréis después la carretera. Los árboles que divisáis allá abajo abrigan la fuente en donde, en tiempo de Luis xv, venían diariamente de Versailles á buscar el agua para la mesa de *Madama*. Luis xvi dio la preferencia á la fuente Berthe, en la comuna de Saint-Nom. Si nuestro país está desprovisto de corrientes de agua, es, en cambio, muy rico en manantiales.

—No sólo en manantiales, sino también en recuerdos históricos y en sitios pintorescos, de aspectos variados, repuso Mr. Elsewhere. Mi hija ha emprendido la tarea de hacer croquis de los monumentos y de los puntos de vista más notables de Seine-et-Oise. Yá hemos consagrado á ello cerca de dos meses, y estamos lejos de conocerlo todo. Por aquí nos falta visitar la escuela de Grignon y Marly. Nuestro plan hoy es detenernos en el Bosquecillo del Rey. Gracias, joven. Adiós.

Se separaron. Pero el cultivador no apartó los ojos de la graciosa amazona sino cuando un pliegue de terreno la ocultó definitivamente á sus miradas.

Poco después Mr. Elsewhere y su hija penetran en una pradera de yerba alta, fina y lustrosa. Miss Ethel salta ligeramente del caballo, se acerca á la fuente, se quita el largo guante de piel de Suecia, presenta á la saltadora vertiente la palma de su blanca mano, y moja en ella sus labios purpúreos, como una linda avecilla sumerge delicadamente el pico en una pila.

—*Delicious! Exquisite!* exclama.

Mr. Elsewhere parece no oír las exclamaciones de su hija. Ha sacado del bolsillo el nuevo libro del Arzobispo Trench, y en él busca texto para sus sermones de Adviento. Lo lee párrafo por párrafo, lo cierra, lo medita, yendo y viniendo como si perteneciera á la escuela de los peripatéticos.

Los tiernos álamos, de hojas de plata, que se estremecen con la menor brisa, contrastan con el espeso y sombrío ramaje de un viejo nogal. Bordan la pradera nudosos sauces, mutila-

dos cada año por el instrumento del podador. Esos estropeados silvanos, condenados á permanecer pequeños, son, como se sabe, uno de los signos característicos de la vegetación francesa en el Oeste.

Sin embargo, Mr. Elsewhere no está tan absorto en la lectura, que olvide los estudios artísticos de su hija. De cuando en cuando se detiene para observar sus progresos, dejando un dedo entre las páginas del libro medio cerrado.

De repente exclama:

—Esta fuente primitiva, esta calma profunda, este cielo de azul intenso, este hermoso sol, ¿no os recuerdan, Ethel, el pasaje del Génesis en que Abraham, llamando á su intendente, le advierte que un ángel lo conducirá y lo hará encontrar en el camino una mujer para Isaac?

El deán sabía de memoria toda la Biblia en griego; de modo que las citas acudían sin cesar á sus labios. Segundón de una familia noble, su erudición y sus maneras distinguidas hubieran bastado para darle notoriedad; pero poseía, además, una fortuna considerable, que le había legado un primo suyo.

Viudo desde hacía diez años, no quiso nunca separarse de su hija, y le dio una institutriz suiza. Pasaba diez meses del año en Peterborough, sitio de su deanato. En cuanto á sus vacaciones, las consagraba, como es de buen tono en Inglaterra, á viajar por el Continente. Visitar las catedrales era el objetivo á que desde hacía veinte años se dedicaba con tesón. Yá conocía más de cuatrocientas.

Darante varios años, miss Ethel se asoció inconscientemente á los gustos de su padre, pero un día declaró que le parecía no menos fastidioso subir á las torres y campanarios, que bajar á las criptas y á las bóvedas.

Al revés de su hija, la pasión del deán por las basílicas databa desde su primera juventud, á tal punto, que fue precisamente en la cumbre de la torre central de San Nicolás, en Aberdeen, iglesia que data de 1352, y cuya campana más célebre, de las nueve que contiene, es de cuatro pies de diámetro, donde, entre los sonos de un formidable repique, hizo su declaración á la joven que fue más tarde su esposa.

Pero miss Ethel se sentía más encantada con la hermosura de la naturaleza que con las obras maestras de piedra. Se

consagraba con pasión al estudio del paisaje, recordando, para sostener su perseverancia, que un gran maestro se alababa de haber empleado treinta años en aprender á dibujar una hoja.

Ese año Mr. Elsewhere y su hija establecieron en Versalles su cuartel general. Tanto más fácilmente podían recorrer los alrededores, cuanto que habían dispuesto que sus caballos de silla los siguieran.

Después de una permanencia como de tres horas en el Bosquecillo del Rey, el padre y la hija toman, para regresar, el mismo camino que habían seguido para la ida. Desde lejos divisan en un labrantío una docena de peones almorzando, y entre ellos reconocen al joven que les indicó el camino del Bosquecillo del Rey. Al ver á los viajeros él se levanta y los saluda, procurando apaciguar al mismo tiempo las demostraciones de Mistral. Miss Ethel, al ver los esfuerzos del labrador, parece reconocida por su amabilidad en evitarle la incomodidad de montar un caballo excitado, que relincha, piafa y escarba el suelo en señal de impaciencia. Ella alza sus cariñosos párpados; una sonrisa amable y maliciosa entreabre sus rosados labios, y con una graciosa inclinación de cabeza hace una señal de gratitud al gallardo campesino.

En ese momento el ardiente sol de los primeros días de Agosto rodea á miss Ethel de una nube de oro. El joven, con la mano puesta en forma de visera sobre los ojos, parece deslumbrado por aquella radiante aparición.

Mientras los trabajadores duermen la siesta, su patrón, que no tiene el menor deseo de pegar los ojos, se traslada á la fuente del Bosquecillo, adonde se imagina equivocadamente ser atraído por la sed. Llegado allí, divisa entre una espesura de yerbas un pequeño álbum de tela gris. El nombre de Ethel estaba escrito encima con tinta roja.

No podía, pues, caberle duda sobre quién era la propietaria de aquel objeto.

Picado por la curiosidad, lo abre y continúa sus investigaciones hasta llegar á una carterita interior, de donde se escapa una fotografía de la arrebatadora inglesa. Bajo el retrato se encuentra esta firma: *Ethel Elsewhere*, Peterborough.

Al contemplar aquella encantadora imagen, se felicita de no poder restituírla á quien corresponde, se echa el álbum al

bolsillo, va á reunirse con su gente, y lleno de ardor, con la mirada radiante, los ayuda á cargar la carreta, que se completa en pocos minutos.

A la caída del crepúsculo da la señal de regreso y corta el aire con vigorosos golpes de látigo, que resuenan en la planicie como la descarga de un fusil.

Al cabo de un cuarto de hora de marcha llegan á la Muleterie, viejo edificio construído con piedras de Chavenay, en las que los siglos han ido dejando su barniz oscuro y severo. Según la costumbre de los tiempos pasados, los muros son espesos y muy elevados. Algunas raras aberturas estrechas, protegidas por barrotes de hierro, han sido practicadas allí sin ninguna regularidad. Las ventanas y las puertas que dan sobre un vasto patio interior no son menos incoherentes. Ese gran edificio de granja databa evidentemente de una época en que, al contrario de la nuéstra, no se tenía la menor preocupación por la fachada. La puerta cochera, como de veinte pies de alto, daba salida á un pórtico largo y angosto, semejante á un pequeño túnel. Generaciones de buhos y de golondrinas se perpetúan allí de año en año. En presencia de un intruso vuelan asustadas bajo el pasaje abovedado y sombrío. Arañas gigantes han tejido allí sus grises telas, que el viento colado infla y balancea como las velas de las barquillas.

El patio cuadrangular, que mide por lo menos media hectárea, está rodeado de construcciones sin la menor unidad, en donde hombres, animales y mieses encuentran abrigo. A la izquierda se entra en la quinta por una pequeña puerta baja. El piso bajo está consagrado á las necesidades de la explotación. Una escalera de caracol de gradas de piedra gastadas por el uso conduce al segundo piso, compuesto de grandes piezas cuyo mobiliario no es ni bastante antiguo para haber adquirido valor, ni bastante moderno para ser elegante y confortable.

Hoy la propietaria de la Muleterie es la señorita d'Aumel, que tiene á lo menos unos cincuenta años de edad. Ha pasado allí toda la vida con M. d'Aumel, su tío y padrino á la vez, quien llevaba hasta lo inverosímil el arte de hacer economías con cabos de vela, y esto sin metáfora, pues protestando contra las invenciones modernas, no se servían en su casa ni de

lámparas ni de bujías. En suma, concluyó por conseguir su objeto, á saber: redondear su propiedad hasta tener en sus manos una finca que le producía, un año con otro, 25,000 libras de renta.

La señorita d'Aumel heredó no sólo la fortuna territorial de su padrino, sino también sus gustos agronómicos. Trabajando por obtener las recompensas en el comicio agrícola del departamento, como una coqueta ambiciosa los triunfos del mundo, no cedía á nadie el honor de presentar sus alumnos al jurado ni el placer de ver premiadas sus hermosas terneras sin cuernos.

Todos los años, en el mes de Agosto, su vida tan regular y monótona era amenizada por la presencia del hijo de su hermano, fallecido desde hacía varios años. Desiderio tenía la costumbre de ir á pasar sus vacaciones á la Muleterie. Aunque había hecho los más brillantes estudios universitarios y obtenido grandes triunfos en la Escuela de Derecho, pretendía no ser más que un agricultor en cierne. Después de diez meses empleados en palidecer sobre los textos de Dumoulin, Cujas y otros jurisconsultos, la falta de ejercicio y de aire respirable le daban sed de oxígeno y de libertad. Cuando salía de París tenía el aire de un preso que acaba de dejar la cárcel. Declaraba á todo el mundo, aun á sus ilustres profesores, que manejar el arado era para él el ideal de la existencia.

La señorita d'Aumel se lisonjeaba de que con el tiempo los gustos agronómicos de su sobrino concluirían por triunfar de los atractivos del derecho romano y de las seducciones del derecho civil.

Autorizándose en los gustos ajenos para lisonjear los suyos, como sucede á menudo á la naturaleza humana, y convertida, además, á las ideas modernas, preparaba todos los años á Desiderio alguna sorpresa bajo la forma de instrumento aratorio movido por vapor; de arados de doble reja para labores ordinarias, etc. Sus vecinos, á quienes facilitaba con la mejor voluntad sus instrumentos, sentían por ella á la vez gratitud y adhesión. Estos sentimientos se reflejaban de la tía en el sobrino, de modo que entre aquellas buenas gentes se encontraba él tan feliz como un rey sin súbditos.

(La conclusión en el próximo número).

C R O N I C A .

Bogotá, Agosto 15 : 1890.

Según lo determina la Constitución, el Congreso de la República se instaló el 20 de Julio, y seis días después procedió á verificar la elección de Designado para ejercer el Poder Ejecutivo en ausencia del Presidente titular señor Núñez, elección que se esperaba recayese, como en efecto recayó, en la persona del señor Doctor Carlos Holguín.

En el Mensaje que éste dirigió á las Cámaras, con motivo de su instalación, [expone sucintamente los negocios públicos que han cursado durante dos] años de su administración; da idea del estado en que se encuentran las relaciones de Colombia con los países amigos; indica las reformas constitucionales que deben realizarse—prescindiendo por ahora de la discutida división territorial;—describe la situación del Tesoro y el aumento alcanzado en la renta de Aduanas; habla de la preferencia que el Gobierno debe dar á los ferrocarriles de Girardot, Buenaventura y la Sabana; llama la atención de los elegidos del pueblo á la necesidad de dar ensanche al Banco Nacional; indica lo útil y justo que será para el país facilitar el arreglo de los asuntos relacionados con la apertura del canal de Panamá; pide que las disposiciones ejecutivas que rigen sobre prensa se conviertan en ley; y, por último, señala rápidamente el estado en que se encuentra la Instrucción Pública, acerca de la cual consigna los datos que en seguida extractamos.

Se utilizó gran parte del edificio antiguo de La Moneda, para establecer en él una sección de alumnos menores del Colegio del Rosario, medida que ha dado considerable ensanche al número de educandos y que, naturalmente, facilita mucho la inspección y moralización de ellos, como que uno de los inconvenientes mayores de la aglomeración en los colegios es la frecuente é inevitable comunicación que tiene que haber entre alumnos de corta edad y otros mayores que acuden á las aulas con resabios ó vicios adquiridos en la calle.

La facultad de Jurisprudencia pasó también á formar escuela aparte, y el Gobierno acaba de dotarla con local propio.

Con objeto de facilitar la educación de los que se dedican á trabajos manuales, se hizo venir de Europa un grupo de Padres Salesianos, quienes se han instalado en el edificio del Carmen y se preparan á formar artesanos hábiles.

Se pidieron á Europa los elementos indispensables para completar el Gabinete de Física del Colegio de San Bartolomé, establecimiento encomendado á los Padres Jesuítas.

Se ha completado el Gabinete de Química de la Escuela de Medicina y se ha creado uno de Histología y Micrografía.

Se ha favorecido con fondos públicos á veinte colegios de la República, así: 1 en Cundinamarca; 3 en Antioquia; 1 en Bolívar; 2 en Boyacá; 6 en el Cauca; 4 en Santander; 2 en el Tolima y 1 en Panamá. También se ha dado un auxilio anual de seis mil pesos al Asilo de Niños Desamparados y local propio y útiles y libros al Instituto de Artesanos.

Hay en la República 14 Escuelas Normales, á las que concurrieron el año pasado 393 alumnos, y hubo en ejercicio 1,734 Escuelas primarias, con una asistencia de 92,544 niños.

*
* *

El día 7 del presente mes, aniversario de la gloriosa batalla de Boyacá, se reunieron las Cámaras en Congreso con el objeto de dar posesión al Excelentísimo Señor Doctor Carlos Holguín.

El acto se verificó en el espacioso Salón de Grados, ante escogido y numeroso concurso. Se hallaban presentes los miembros del Congreso, el Ilustrísimo Señor Higuera, el señor Provisor y Vicario General Doctor Plata y algunos otros sacerdotes respetables, el Cuerpo Diplomático y el Consular, altos empleados del Gobierno, el señor Gobernador de Cundinamarca y sus Secretarios y muchos caballeros, que llenaban las gradas de las barras.

A la una y veinte minutos se presentó en el recinto el Excelentísimo Señor Presidente acompañado de la Comisión de Senadores y Representantes nombrada al efecto, y después de los saludos de estilo, el señor General Reyes, Presidente del Senado, le pidió el juramento constitucional. En seguida el mismo dignatario le dirigió la palabra en términos expresivos y con indicaciones conducentes á la marcha de la política y de la administración. El Excelentísimo Doctor Holguín contestó con voz clara y sonora y con la propiedad y buena entonación que acostumbra.

Que el Doctor Holguín ha llevado á las elevadas regiones del Poder criterio circunspecto y tino, que su espíritu se sobrepone á las pasiones de círculo y que busca la gloria en el cumplimiento del deber, lo deja colegir, de modo elocuente, el siguiente párrafo de su discurso, que parece compendiar, en abstracto, todo un programa de administración; en ese párrafo expresa cómo comprende él lo que debe ser el Gobierno:

“Para que el fuerte no abuse del débil, el rico del pobre, el poderoso del desvalido; para contener la natural tendencia al abuso que tienen la fuerza, la superioridad y la riqueza, para eso existe principalmente el Gobierno.”

Véanse ahora los puntos á que ofreció, en su discurso, contraer la atención preferente de su Gobierno:

“Cultivar con cariñoso esmero las buenas relaciones que felizmente nos ligan con los representantes de la Iglesia Católica, á la que la universalidad de los colombianos reconocemos por madre, guía y maestra; tratar de merecer el aprecio y la estimación de las naciones extranjeras con las cuales tenemos relaciones de amistad y comercio, que se estrechan más cada día por el cambio recíproco de agentes animados todos del más elevado espíritu de cordialidad, justicia y cortesía; dedicar á la educación é instrucción de la juventud todo el cuidado, los desvelos y los recursos que se merece el arduo problema de formar generaciones cristianas é ilustradas, dignas de regir un día los destinos de la patria; fomentar en la medida de nuestras fuerzas las mejoras materiales del país y atender debidamente al desarrollo de la riqueza pública por medio de la legítima protección de nuestro comercio y de todas nuestras industrias; amparar todos los derechos, hacer efectivas todas las garantías que nuestras instituciones otorgan á nuestros conciudadanos y á los extranjeros; cuidar de que la justicia se administre debidamente y de que la sanción legal sea una realidad; mantener la fuerza pública sobre el pie de moralidad, de disciplina, de respeto á las instituciones y de consagración al servicio de que diariamente da muestras, y de que son garantía los hombres dignos que están al frente de ella; y para que este bello pro-

grama sea una realidad, conservar la paz y el orden, tratando de hacer amables las instituciones por los benéficos resultados que de su imperio se palpen, y evitando hasta donde sea posible, por medio de una política justa, conciliadora y desapasionada, el tener que recurrir á los medios de represión de que estoy provisto por las leyes: hé aquí, señor, si os he comprendido bien, lo que vos estimáis como objetos dignos del poder que acaba de conferírseme y á los cuales prometo, sin restricciones ni reservas, consagrar mi tiempo y las fuerzas todas de mi cuerpo y de mi espíritu.”

.....

La concurrencia acogió con aplausos prolongados las palabras del primer Magistrado.

Terminado el acto, el Presidente se retiró á su Palacio, adonde acudieron á felicitarle las autoridades y muchos particulares.

*
* *
*

El 6 del corriente celebró, como de costumbre, la Academia Colombiana su aniversario, esta vez el XIX, con sesión solemne en el salón de la Academia Nacional de Música. El número de académicos era escaso por muerte de siete de ellos, ocurrida en los últimos tres años (señores Arboleda, Samper y Manrique, de número; Carrasquilla é Ilustrísimo Señor Paúl, correspondientes, y señor Soffia, honorario, además del señor Calvo, muerto en Quito), y por ausencia de los señores Cuervo, Pérez, Zapata, Núñez, Caicedo Rojas, Caro y Holguín, excusados los últimos por reciente duelo; fuera de los correspondientes, señores Alvarez y Casas Rojas, que tampoco asistieron. En consecuencia, no estaban presentes sino los señores Marroquín (Director), Ortiz, Guzmán, Martínez Silva, Suárez, el Secretario señor Pombo y el electo de número en reemplazo del señor Arboleda, señor D. Rafael María Carrasquilla, Presbítero.

El Secretario leyó su *Reseña* del último año, concretada principalmente á recuerdos de académicos que han fallecido y á una revista de documentos y publicaciones. En ella el señor Pombo rindió un sentido tributo necrológico al señor González Manrique, muerto el 16 de Octubre de 1889; á nuestro benemérito compatriota Torres Caicedo, correspondiente de la Real Española, y que falleció en París el 25 de Septiembre próximo anterior; y expresó el agradecimiento de la Corporación al señor D. David Orjuela por la *Corona fúnebre* que por medio de la prensa de Ibagué ha consagrado á la memoria del señor D. Sergio Arboleda, citando como muestra de ésta un breve rasgo descriptivo del carácter del último, debido á la pluma del cura párroco de Buga, Doctor D. Víctor Saavedra. Registró igualmente la muerte del ilustre señor Roca de Togores, Marqués de Molins, Director en tres períodos de la Academia Madre y á quien ésta, y en general el gremio literario en España, deben considerable mejora en su posición y condiciones de existencia en la Península. Mencionó al insigne dramático D. M. Tamayo y Baus y al gran lírico Núñez de Arce, el encargado anterior, y el actual, por parte de la Academia Española, para su correspondencia con las Americanas. Dio cuenta de la instalación de la Academia Venezolana de la Historia y de los certámenes abiertos por ésta y por la Venezolana de la lengua para celebrar la apoteosis del gran Mariscal de Ayacucho.

De la Academia Guatemalteca especificó como recibido y leído con

mucho interés un trabajo, obra de ella, de *Biografías de literatos nacionales*, especialmente por las noticias que trae del incomparable Batres; y en el ramo de estudio de la lengua, el *Compendio de Gramática Castellana* de D. Francisco Marulanda Mejía, calificado favorablemente, por comisión de la Academia, como resumen de Bello; de la *Gramática Primaria* del Doctor Celedón, que corresponde á su grado y objeto, y de la pequeña colección de *Gentilicios usuales* formada por D. Temístocles Abella M., idea feliz que los editores de Geografía en español harán bien en aprovechar dándole la debida extensión.

Lamentó el Secretario la suspensión, una vez cumplido su primer año, del semanario fundado y redactado por la señora Acosta de Samper y sus dignas hijas: *El Domingo de la familia Cristiana*.

Llamó la atención de los presentes al verdadero canto épico de la Independencia de la Nueva Granada que figura en la 2.^a edición del *Romancero Colombiano* con el título de *La gran Campaña*, debido á la pluma del lamentado compañero señor Samper, y concluyó aplaudiendo asimismo el recién publicado poema del señor Enrique Alvarez, correspondiente de la Academia, con el título de *El Macabeo*, poema épico del tipo clásico, en doce cantos y cerca de mil esmeradas octavas reales.

El discurso del Doctor Carrasquilla versó sobre el académico predecesor, de número, señor Arboleda, y sobre los sacerdotes y el Prelado que son ó han sido ornato de la Academia Colombiana, Ilustrísimos Señores Paúl y Ortiz y señor Doctor Celedón, á quienes elogió concisa pero atinadamente; y entró en el fondo del discurso el elogio de la egregia Venerable Madre *Francisca Josefa de la Concepción de Castillo*, religiosa clarisa de Tunja, que vivió de 1671 á 1742, y cuya obrita, llamada *Sentimientos Espirituales*, parte bien pequeña de sus escritos, le ha hecho merecer, aun de la pluma de jueces como Menéndez y Pelayo, el nombre de la *Teresa de Jesús neo-granadina*. Para el estudio y debido aprecio de la autora, el orador comenzó por hacer una exposición de la filosofía y literatura místicas, en que España ha sobresalido, en concepto universal.

La respuesta del señor Marroquín, concretada en parte forzosamente á los puntos de teología que tocó el Doctor Carrasquilla, fué exornada con puntos meramente literarios y relativos al medio social y á la época que produjo aquel intelecto maravilloso, orgullo de las letras, de la Iglesia y del bello sexo colombiano.

Hallándose sobre la mesa de la Secretaría dos toscas esculturas, evidentemente de muy antigua data, con algunos accesorios de extrañísima naturaleza, el señor Pombo explicó á la concurrencia, antes de cerrarse la sesión, que eran recuerdos de la misma Venerable Madre Castillo y testimonio de su afición y habilidades artísticas comprobado por declaración jurada que leyó de la Madre Abadesa Trinidad de Jesús, de las Clarisas de Tunja, de edad de 90 años en 1886, firmada en Tunja el 26 de Octubre de aquel año. Dicha auténtica en toda forma, junto con las esculturas que son de barro y madera coloridos al óleo, habían sido de años atrás remitidas á Bogotá por el señor D. Pablo Manuel Bernal, Presbítero del Seminario de Tunja, como obsequio que, llevado de su fervoroso amor á las letras y glorias de la Patria, hizo al Secretario de la Academia.

CAPITULO VI

EL MAGDALENA

Sus divisiones naturales.—Alto Magdalena.—Magdalena central.—Bajo Magdalena.—El delta.—Población de todo el valle.—Ríos tributarios.

CAPITULO VII

EL VALLE DEL ALTO MAGDALENA

Recursos naturales.—Productos de la paja nacuma.—El cacao.—El tabaco.—Concentración de la propiedad del suelo.—El vicio de la embriaguez.—Las minas de oro y plata.—La mesa central de Cundinamarca.

CAPITULO VIII

EL MAGDALENA CENTRAL

Población general.—Ciudades principales.—Riqueza general.—Deficiencias de la población.—El valle del Magdalena central.—Obstáculos á la colonización de éste.

CAPITULO IX

EL BAJO MAGDALENA

Descripción general.—La ciudad de Mompós.—Magangué. Hidrografía de esta región.—Las llanuras de Corozal.—Producciones de ellas.—La banda oriental del bajo Magdalena.—Opinión de Reclus acerca de esta región.—La Sierra Nevada.

CAPITULO X

VALOR TRASCENDENTAL DEL RÍO MAGDALENA

Resumen.—Comparación entre el valle del Magdalena y el resto de la República.—Comercio por el río Magdalena. Los vapores de este río.—Valor de éste para la industria del país.—Necesidad de mejorar el canal navegable.—Cambios en el lecho de éste.—Sus inconvenientes.—Gran inundación en 1886.

CAPITULO XI

LOS CAMINOS AL MAGDALENA

Distribución de la población entre las diversas alturas de la cordillera.—Caminos que los diversos grupos de población necesitan.—Timaná y La Plata.—Chaparral y Ortega.—Ibagué y su comarca.—Valles del río Fusagasugá.—Bogotá y las mesas de Cundinamarca.—Medellín y su comarca.—Chiquinquirá y Tunja.—Vélez, Monquirá y Suaita.—Socorro, San Gil, Barichara y Zapatoca.—El Circuito de Girón.—Ocaña.—Cúcuta y sus valles.

(Continuará).

CORRECCIONES

En la composición del señor Isaves, titulada *Séd buenos!* publicada en el número anterior, se escaparon algunas erratas, ora de imprenta, ora de pluma, que salvamos á continuación poniendo los versos como se deben leer:

CUARTETO 8.º:

Y cauto cruza sombras del bosqueje

CUARTETO 9.º:

No envidiéis los palacios que levanta

CUARTETO ÚLTIMO:

De la turba venal la befa impia.

MUESTRAS DE ESCRITURA con ejercicios é indicaciones para escribir con rapidez, por F. García Rico.

Esta obra, trabajada con todo esmero en la Litografía de Villaveces, es muy apropiada para la enseñanza de un ramo tan importante: contiene una colección de modelos excelentes, tanto por su forma, distinta de la que trae la mayor parte de las muestras extranjeras, como por los pensamientos religiosos y morales que sirven de texto, y porque en los modelos de palabras sueltas se han elegido las que ofrecen una duda ortográfica. Hay, además, algunas muestras de letra rápida, que no se hallan tampoco en ninguna otra colección, y de letra extranjera ó americana, que está hoy tan de moda entre las señoras. La colección termina con alfabetos de letra volteada, italiana, redonda y gótica, modificadas de acuerdo con el buen gusto de este país. Las indicaciones preliminares son muy importantes para los que se dediquen á la enseñanza de este ramo ó para los que tengan que aprender sin maestro.

Recomendamos á la juventud colombiana á quiea están dedicadas estas muestras, que se hallan de venta en la mayor parte de las librerías de esta capital.

Bogotá: 1890.

MIGUEL TRIANA, INGENIERO CIVIL, *Bogotá, calle 20, número 70.* Miembro de número de la *Sociedad Colombiana de Ingenieros*, se hace cargo de medición y avalúo de terrenos en to lo clima y á cualquier distancia de los centros de población; particiones judiciales y extrajudiciales; deslinde y amojonamiento de predios; levantamiento y dibujo detallado de toda clase de planos; adjudicación de baldíos; establecimiento de motores y de máquinas aplicadas á la agricultura; trazo de acequias y canales de riego; proyecto y construcción de puentes y caminos particulares; establecimiento de tranvías, teléfonos y telégrafos para usos privados; proyecto y construcción de hornos, hornillas y edificios para toda clase de fábricas, y en general, DE TODO LO QUE SE RELACIONE CON LA INGENIATURA CIVIL.

Suministra datos científicos sobre los anteriores asuntos y remite la tarifa á quien lo solicite.

Cuenta con colaboradores idóneos (Ingenieros graduados en la Universidad Nacional), en todos los Departamentos de la República.

NOTAS DE VIAJE. (Colombia y Estados Unidos de América, por Salvador Camacho Roldán. Un volumen en 8.º, de 900 páginas. Librería Colombiana (calle 12, número 178).

En rústica \$ 2 50

En pasta 3 . . .